

*EUSEBIO DE CESAREA*

**HISTORIA  
ECLESIÁSTICA**

## LIBRO QUINTO

El libro quinto de la *Historia eclesiástica* contiene lo siguiente:

1. Cuántos y de qué modo lucharon en tiempos de Vero por la religión en la Galia.
2. De cómo los mártires, amados de Dios, acogían y cuidaban de los que en la persecución habían fallado.
3. Qué aparición tuvo en sueños el mártir Atalo.
4. De cómo los mártires recomendaban a Ireneo en su carta.
5. De cómo Dios accedió a las oraciones de los nuestros e hizo llover del cielo para el emperador Marco Aurelio.
6. Lista de los que fueron obispos de Roma.
7. De cómo incluso hasta aquellos tiempos se realizaban por medio de los fieles milagros portentosos.
8. De cómo Ireneo menciona las diversas Escrituras.
9. Los que fueron obispos bajo Cómodo.
10. De Panteno, el filósofo.
11. De Clemente de Alejandría.
12. De los obispos de Jerusalén.
13. De Rodón y las disensiones que menciona de los marcionitas.
14. De los falsos profetas catafrigas.
15. Del cisma de Blasto en Roma.
16. Lo que se menciona acerca de Montano y de los pseudoprofetras de su acompañamiento.
17. De Milcíades y los tratados que compuso.

18. En qué términos también Apolonio refutó a los catafrigas y a quiénes menciona.
19. De Serapión sobre la herejía de los frigios.
20. Lo que Ireneo discute por escrito con los cismáticos de Roma.
21. De cómo Apolonio murió mártir en Roma.
22. Qué obispos eran célebres en aquellos tiempos.
23. De la cuestión movida por entonces en torno a la Pascua.
24. Sobre la disensión de Asia.
25. De cómo hubo acuerdo unánime entre todos acerca de la Pascua.
26. Cuánto ha llegado hasta nosotros del saber de Ireneo.
27. Cuánto también de los restantes que florecieron con él en aquella época.
28. De los que acogieron la herejía de Artemón desde el principio, cuál fue su comportamiento y de qué modo osaron corromper las santas Escrituras.

#### [PRÓLOGO]

1 Así, pues, Sotero, el obispo de la iglesia de Roma, murió tras gobernar hasta su octavo año, y le sucedió Eleuterio, duodécimo a partir de los apóstoles <sup>1</sup>. Corría el año decimoséptimo del emperador Antonino Vero <sup>2</sup>. En este tiempo se reavivó con mayor violencia en algunas partes de la tierra la persecución contra nosotros <sup>3</sup> y, por los ataques de los habitantes de las ciudades, se puede conjeturar

que fueron millares los mártires que se distinguieron si tenemos en cuenta lo ocurrido en una sola nación, que, por ser verdaderamente digno de recuerdo inolvidable, se ha transmitido por escrito a la posteridad.

2 El escrito íntegro del completísimo relato acerca de estos hechos queda incorporado a nuestra *Recopilación de Martirios*<sup>4</sup>, que comprende una explicación no sólo narrativa, sino también instructiva. En la presente obra recogeré y citaré al menos cuanto aquélla contenga sobre el tema que nos ocupa.

3 Otros, al hacer las narraciones históricas, acaso no hayan transmitido por escrito más que victorias de guerras, trofeos contra enemigos, hazañas de generales y valentías de soldados manchados de sangre y de muertes innumerables por causa de los hijos, de la patria y demás bienes.

4 Nuestra obra, en cambio, que describe el género de vida<sup>5</sup> según Dios, grabará en estelas eternas las más pacíficas luchas por la misma paz del alma y el nombre de los que en ellas se comportaron varonilmente, más por la verdad que por la tierra patria, y más por la religión que por los seres queridos, y se proclamará públicamente, para eterna memoria, la resistencia de los atletas de la fe, su bravura, curtida en mil sufrimientos, los trofeos logrados contra los demonios, las victorias sobre los adversarios invisibles y, después de todo, sus coronas.

[CUÁNTOS Y DE QUÉ MODO LCHARON EN TIEMPOS DE VERO POR  
LA RELIGIÓN EN LA GALIA]

1 Fue, pues, la Galia el país en que se preparó el estadio, lugar de los hechos mencionados. Dos metrópolis eran célebres por su distinción y por su importancia entre las otras: Lión y Viena<sup>6</sup>. Ambas están atravesadas por el Ródano, que fluye a lo largo de todo el país con gran caudal.

2 Las ilustrísimas iglesias de aquella región transmitieron a las iglesias de Asia y Frigia<sup>7</sup> la carta acerca de los mártires, y narran lo ocurrido de la siguiente manera. Citaré sus propias palabras.

3 «Los siervos de Cristo que peregrinan<sup>8</sup> en Viena y en Lión de la Galia, a los hermanos que en Asia y en Frigia comparten con

nosotros la misma fe y la misma esperanza de la redención: paz, gracia y gloria de parte de Dios Padre y de Jesucristo, Señor nuestro» 9.

4 Después, a continuación de esto, siguen diciendo otras cosas en plan de prólogo y dan comienzo a su relato en los términos siguientes:

«Describir, pues, con justeza la magnitud de esta tribulación de aquí 10, el grado de irritación de los paganos contra los santos y el número de sufrimientos que los bienaventurados mártires soportaron, ni está en nuestra capacidad ni siquiera es posible cerrarlo en un escrito 11.

5 »Y es que el adversario 12 atacó con todas sus fuerzas, preludiviendo ya el descaro de su inminente venida. Por todo se metió, acostumbrando a los suyos y ejercitándolos de antemano contra los siervos de Dios, de suerte que no sólo se nos expulsa de las casas, de los baños y de las plazas, sino que incluso prohíben que alguno de nosotros se deje ver lo más mínimo en el lugar que sea.

6 »Pero la gracia de Dios oponía su estrategia: retenía a los débiles y presentaba de frente una formación de sólidas columnas 13, capaces de atraer sobre sí, con su paciencia, todo el ímpetu del malvado. Estos marcharon a su encuentro, soportando toda suerte

de injurias y castigos <sup>14</sup>. Considerando poco lo que era mucho, apresuraban su paso hacia Cristo y mostraban realmente que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que está para ser revelada en nosotros <sup>15</sup>.

7 »En primer lugar soportaron generosamente los asaltos masivos de toda la plebe: insultos, golpes, zarandeos, rapiñas, apedreo, desfiles entre apreturas y todo cuanto suele gustar a una plebe enfurecida contra gentes que considera odiosas y enemigas.

8 »Y después de ser conducidos a la plaza pública y de ser juzgados por el tribuno y por los magistrados de la ciudad en presencia de toda la muchedumbre, fueron encerrados en la cárcel hasta la llegada del gobernador <sup>16</sup>.

9 »Más tarde los condujeron ante el gobernador. Como éste usara de toda su crueldad contra nosotros, uno de los hermanos, Vetio Epágato <sup>17</sup>, que poseía en plenitud el amor a Dios y al prójimo y cuya conducta había sido tan estricta que, aun siendo joven, se hizo acreedor del testimonio del anciano Zacarías, ya que había caminado irreprochablemente en todos los mandamientos y preceptos del Señor <sup>18</sup>, diligente en todo servicio al prójimo, con mucho

celo de Dios <sup>19</sup> y fervor de espíritu <sup>20</sup>, por ser de tal índole, no soportó que se procediera contra nosotros con un juicio tan irracional. Fuertemente indignado, pidió ser también él escuchado y defendió, en favor de los hermanos, que entre nosotros nada hay de ateo ni de impío.

**10** »Los que rodeaban el tribunal la emprendieron a gritos contra él—pues era hombre relevante—, y el juez, no tolerando la petición así propuesta por él, deseaba únicamente saber si también él era cristiano. Como Vetio lo confesara con voz clarísima, también él fue recibido en las filas de los mártires <sup>21</sup>. Se le llamó consolador de los cristianos, pues dentro de sí tenía al consolador, el Espíritu de Zacarías <sup>22</sup>, el que había mostrado con la plenitud de su amor al tener a bien salir en defensa de los hermanos y exponer su propia vida <sup>23</sup>; porque era y sigue siendo genuino discípulo de Cristo, que va en pos del Cordero adonde quiera que vaya <sup>24</sup>.

**11** »A partir de aquí, los demás se dividen: aparecen claramente los preparados para dar testimonio <sup>25</sup>, los que con todo su ardor completaban la confesión del martirio; mas también se manifestaron los que no estaban dispuestos, faltos de ejercicio y hasta débiles, incapaces de aguantar la tensión de un gran combate. De ellos abortaron unos diez <sup>26</sup>. Grande fue la aflicción e inmenso el

dolor que nos causaron y grave el quebranto propinado al entusiasmo de los otros que no habían sido arrestados con ellos y que, a pesar de estar padeciendo toda clase de horrores, con todo, asistían a los mártires y no los abandonaban.

**12** »Pero entonces <sup>27</sup> todos quedamos en gran manera aterrados ante la incertidumbre de la confesión, no por temor a los castigos, sino porque veíamos lejano el fin y temíamos que alguno sucumbiera.

**13** »Sin embargo, cada día iban deteniendo a los que eran dignos de completar el número de aquéllos, tanto que juntaron de las dos iglesias a todas las personas importantes, gracias sobre todo a las cuales tenían consistencia los asuntos de aquí.

**14** »Fueron apresados también algunos paganos, criados de los nuestros, cuando el gobernador mandó que se nos buscara a todos nosotros <sup>28</sup>. Estos, por insidias de Satanás, temiendo los tormentos que veían padecer a los santos y empujados a ello por los soldados, nos acusaron falsamente <sup>29</sup> de cenas tiesteas, de promiscuidades edipeas y de tantas otras cosas que a nosotros ni decirlas ni pensarlas es lícito, ni creer siquiera que tales cosas se hayan dado entre los hombres.

**15** »Cuando este rumor se esparció, todos se revolvieron como fieras contra nosotros, tanto que, si a lo primero algunos se conducían con moderación por amistad, entonces empezaron a mostrarse

muy hostiles y rabiosos contra nosotros <sup>30</sup>. Se estaba cumpliendo lo que dijera nuestro Señor: *Un tiempo vendrá en que todo el que os mate pensará estar dando culto a Dios* <sup>31</sup>.

16 »Desde entonces los santos mártires soportaron castigos que exceden a toda descripción, mientras Satanás se esforzaba por arrancarles también alguna palabra blasfema.

17 »Toda la furia de la muchedumbre, del gobernador y de los soldados se abatió desbordada sobre el diácono Santos, de Viena <sup>32</sup>, sobre Maturo, recién bautizado, pero noble luchador, sobre Atalo, oriundo de Pérgamo y que siempre había sido columna y fundamento <sup>33</sup> de los cristianos de aquí, y sobre Blandina, por medio de la cual Cristo demostró que lo que entre los hombres aparece vulgar, deforme y fácilmente despreciable, por parte de Dios se considera digno de gran gloria <sup>34</sup> a causa del amor hacia El, amor que se muestra en la fuerza y que no se jacta de la apariencia <sup>35</sup>.

18 »Efectivamente, mientras todos nosotros estábamos medrosos y su misma dueña carnal <sup>36</sup>—también ella una de nuestros mártires combatientes—temíamos que por la flaqueza de su cuerpo no tuviese fuerzas para proclamar libremente su confesión, Blandina se vio llena de una fuerza tan grande que extenuaba y agotaba a los que, por turno y de todas las maneras, la iban torturando desde el amanecer hasta el ocaso; ellos mismos confesaban que estaban vencidos, sin poder hacer ya nada con ella, y se admiraban de cómo

podía mantenerse con aliento estando todo su cuerpo desgarrado y abierto, y atestiguaban que una sola especie de suplicio bastaba para quitar la vida, sin necesidad de tantos ni tan terribles.

19 «Mas la bienaventurada mujer, como noble atleta, rejuvenecía en la confesión, y era para ella recuperación de fuerzas, descanso y ausencia de dolor en medio de los acontecimientos el decir: '¡Soy cristiana, y nada malo se hace entre nosotros!'

20 «También Santos soportó noblemente, más allá de toda humana medida, todos los malos tratos que provienen de los hombres. Los inicuos esperaban que por la persistencia y magnitud de los tormentos escucharían de él algo indebido, pero les resistió con tal firmeza, que no reveló ni su propio nombre, ni el de su familia, ni el de la ciudad de donde provenía ni si era esclavo o si era libre, sino que a todo lo que se le preguntaba respondía en latín: '¡Soy cristiano!' En lugar de su nombre, de su ciudad, de su familia y de todo, esto es lo que sucesivamente iba confesando, y ninguna otra palabra escucharon de él los paganos.

21 «Por esta razón, lo mismo el gobernador que los torturadores se ensañaron contra él de tal manera, que, cuando ya no sabían qué hacerle, por último le aplicaron planchas de cobre candentes a los miembros más delicados de su cuerpo.

22 «Estos, ciertamente, se quemaban, pero él se mantuvo inflexible y firme, constante en la confesión, rociado <sup>37</sup> y fortalecido por la fuente eclesial del agua viva que brota de la entraña de Cristo <sup>38</sup>.

23 »Su cuerpo atestiguaba lo ocurrido: todo él era una llaga, todo confusión, encogido y perdida toda forma humana <sup>39</sup>; pero Cristo padecía en él y realizaba grandes glorias anulando al adversario y mostrando, para ejemplo de los demás <sup>40</sup>, que nada hay temible allí donde está el amor del Padre <sup>41</sup>, ni doloroso donde la gloria de Cristo <sup>42</sup>.

24 »Efectivamente, después de algunos días, aquellos malvados comenzaron de nuevo a torturar al mártir, pensando que podrían vencerlo si, estando sus carnes <sup>43</sup> hinchadas e inflamadas, le aplicaban los mismos suplicios ahora que ni siquiera soportaba el roce de las manos, o bien que, si moría en medio de los tormentos, infundiría temor a los demás. Pero no solamente no ocurrió con él nada semejante, sino que, contra lo que todos pensaban, se recuperó, y su cuerpo se enderezó entre los tormentos que siguieron y recobró su pristina forma y el uso de los miembros, de manera que la segunda tortura fue para él no un suplicio, sino curación por la gracia de Cristo.

25 »Y Bíblida también, una de las que habían renegado. Ya pensaba el diablo que la tenía devorada <sup>44</sup>, mas, queriendo además condenarla por blasfemia, la condujo a la tortura y la forzaba a declarar sobre nosotros aquellas impías calumnias, seguro ya de su fragilidad y cobardía.

26 »Pero ella, en el tormento, volvió en sí y, por así decirlo,

despertó de un profundo sueño. Recordando entonces, gracias a aquellos castigos temporales, el castigo eterno en el infierno<sup>45</sup>, se puso, por el contrario, a replicar a los detractores y decía: '¿Cómo podrían comer a un niño estas gentes si ni siquiera les está permitido comer sangre de animales irracionales?'<sup>46</sup> Y desde ese instante confesaba que también ella misma era cristiana, y fue incorporada a la fila de los mártires.

**27** »Anulados por Cristo los tormentos de los tiranos mediante la constancia de los santos, el diablo se puso a idear otros recursos<sup>47</sup>, el encerramiento en el lugar más oscuro y peor de la cárcel, la distensión de los pies en el cepo, separados hasta el quinto agujero<sup>48</sup>, y los demás suplicios que los funcionarios airados y endiablados acostumbraban a infligir a los presos, tanto que en la cárcel murieron asfixiados la mayor parte, al menos cuantos el Señor quiso que así murieran, mostrando su propia gloria<sup>49</sup>.

**28** »Efectivamente<sup>50</sup>, algunos que habían sido cruelmente torturados hasta el punto de parecer que no podrían ya vivir aunque se les diera toda clase de cuidados, permanecían en la cárcel, desprovistos, claro está, de toda asistencia humana; pero, fortalecidos por el Señor<sup>51</sup> en sus cuerpos y en sus almas, animaban y consolaban a los demás. Otros, en cambio, jóvenes y recién detenidos, cuyos

cuerpos no habían sido torturados previamente, no soportaban el peso del encerramiento y morían allí dentro.

29 »El bienaventurado Potino, a quien se tenía confiado el ministerio del episcopado de Lión <sup>52</sup>, sobrepasaba la edad de noventa años y su cuerpo estaba débil. Por causa de esta su debilidad corporal, apenas si podía respirar, mas, por su gran deseo del martirio, el ardor de su espíritu le devolvía las fuerzas <sup>53</sup>. También él fue arrastrado al tribunal con el cuerpo deshaciéndose por la vejez y la enfermedad, pero con su alma dentro, conservada para que por ella triunfara Cristo <sup>54</sup>.

30 »Llevado por los soldados ante el tribunal con acompañamiento de las autoridades de la ciudad y de toda plebe gritándole toda clase de injurias <sup>55</sup>, como si él mismo fuera Cristo, dio hermoso testimonio <sup>56</sup>.

31 »Al interrogarle el gobernador quién era el Dios de los cristianos, dijo: 'Si eres digno, lo conocerás' <sup>57</sup>. Entonces se le arrastró sin miramientos y sufrió diversas heridas; los que estaban cerca le propinaban toda especie de vejámenes con pies y manos, sin el menor respeto a su edad, y los que estaban lejos cada cual arrojaba contra él lo que a mano tenía, y todos creían faltar gravemente y ser unos impíos si omitían alguna insolencia contra él, pues, pensaban que así vengaban a sus dioses. El, respirando apenas, fue arrojado en la cárcel, y al cabo de dos días entregó su alma.

**32** »Fue entonces cuando tuvo lugar una gran dispensación de Dios y se manifestó la inmensa misericordia de Jesús, como raramente se había dado en la comunidad de hermanos, pero muy de acuerdo con el arte de Cristo.

**33** »Efectivamente, los que habían renegado en las primeras detenciones fueron también encarcelados y compartían los mismos horrores, ya que en esta ocasión de nada les sirvió su apostasía. A los que confesaban lo que en verdad eran, se los encerraba como cristianos, sin ninguna otra acusación de más; en cambio, a los otros, se los retenía como homicidas e impuros y los castigaban doble que a los demás <sup>58</sup>.

**34** »Y es que a los primeros les aliviaba la alegría del martirio, la esperanza de lo prometido, el amor de Cristo y el Espíritu del Padre, mientras que a estos otros, su conciencia los atormentaba grandemente, hasta el punto de que, al pasar, podían ser reconocidos por su aspecto entre todos.

**35** »Efectivamente, mientras los unos avanzaban gozosos, con mezcla de gloria y de gracia abundantes en sus rostros, de manera que incluso las cadenas los ceñían como espléndido adorno, igual que una novia ataviada con abigarradas fimbrias de oro <sup>59</sup>, y esparcían al mismo tiempo el buen olor de Cristo <sup>60</sup> hasta hacer pensar a algunos que se habían ungido con perfumes mundanos, los otros, por el contrario, lo hacían sombríos, cabizbajos, disformes y llenos de toda fealdad, y, por si fuera poco, hasta los paganos los tildaban de innobles y cobardes: tenían la acusación de homicidas a cambio

de haber perdido su nombre venerabilísimo, glorioso y vivificador. Cuando los demás contemplaron esto, se reafirmaron, y los que iban siendo detenidos confesaban ya sin vacilación y sin tener un pensamiento de cálculo diabólico».

36 Después de añadir a lo dicho algunas cosas intermedias continúan:

«Después de esto, en adelante los géneros de muerte de los mártires eran variadísimos, pues con flores de toda especie y de colores diferentes trenzarán ellos una sola corona para ofrecérsela al Padre, y así era necesario que aquellos generosos atletas, después de haber mantenido una lucha variada y haber vencido en toda la línea, recibieran la gran corona de la inmortalidad <sup>61</sup>.

37 «Así, pues, Maturo y Santos, lo mismo que Blandina y Atalo, fueron conducidos a las fieras, al lugar público y para común espectáculo de la inhumanidad de los paganos, pues el día de lucha de fieras se dio precisamente por causa de los nuestros.

38 «En el anfiteatro, Maturo y Santos pasaron de nuevo por toda clase de tormentos igual que si antes no hubieran padecido nada en absoluto, o mejor, como atletas que han vencido ya en muchos lances <sup>62</sup> al contrincante y que siguen luchando por la misma corona. De nuevo sufrieron las pasadas de látigos, allí acostumbradas <sup>63</sup>, los tirones de las fieras y todo cuanto el pueblo enloquecido, cada cual desde su sitio, gritaba y ordenaba. Y como remate de todo, la silla de hierro, donde los cuerpos, al asarse, lanzaban hasta el público un olor de carne quemada.

39 »Pero éstos, ni con todo eso cejaban, sino que todavía se acrecentaba su frenesí queriendo vencer la constancia de aquéllos. Pero ni aun así lograron escuchar de Santos otra cosa que la frase de confesión <sup>64</sup> que desde el comienzo acostumbraba a repetir.

40 »Así, pues, los mártires, como quiera que después de atravesar el gran combate seguían con mucha vida, por último fueron sacrificados <sup>65</sup>, convertidos ellos mismos en espectáculo para el mundo <sup>66</sup> aquel día en sustitución de la variada serie de combates de gladiadores.

41 »A Blandina, en cambio, la colgaron de un madero, y quedó expuesta para pasto de las fieras, que se arrojaban a ella. Con sólo verla colgando en forma de cruz <sup>67</sup> y con su oración continua, infundía muchos ánimos a los otros combatientes, que en este combate veían con sus ojos corporales, a través de su hermana, al que por ellos mismos había sido crucificado. Y así ella persuadía <sup>68</sup> a los que creen en Él de que todo el que padece por la gloria de Cristo entra en comunión perpetua con el Dios vivo.

42 »Al no tocarla por entonces ninguna fiera <sup>69</sup>, la bajaron del madero y de nuevo se la llevaron a la cárcel, guardándola para otro combate <sup>70</sup>; así, tras vencer aún en más lides, de una parte haría implacable la condena de la serpiente tortuosa <sup>71</sup>, y de otra animaría a sus hermanos; ella, pequeña, débil y despreciada, pero revestida del grande e invencible atleta, Cristo <sup>72</sup>, batiría en repetidas suertes

al adversario, y por el combate se ceñiría la corona de la incorruptibilidad <sup>73</sup>.

**43** »Atalo, por su parte, también fue reclamado con gran empeño por la plebe (pues tenía gran renombre). Entró ya como luchador entrenado, gracias a su buena conciencia, pues se había ejercitado sinceramente en la disciplina cristiana y siempre había sido entre nosotros testigo de la verdad.

**44** »Se le hizo conducir dando la vuelta al anfiteatro, precedido de un cartel en que estaba escrito en latín: 'Este es Atalo, el cristiano' <sup>74</sup>, mientras el pueblo se enardecía terriblemente contra él. Al enterarse el gobernador de que era romano, mandó que lo llevasen con los demás que estaban en la cárcel, acerca de los cuales escribió una carta al emperador y quedó esperando su respuesta <sup>75</sup>.

**45** »El tiempo que medió no fue ocioso ni estéril para ellos <sup>76</sup>, sino que, por su paciencia, se manifestó la inmensa misericordia de Cristo: por vivir ellos, revivían los muertos, y por ser mártires, otorgaban la gracia a los que no lo eran <sup>77</sup>; así, mucha fue la alegría de la Virgen Madre al recobrar vivos a los mismos que había abortado muertos <sup>78</sup>.

**46** »Efectivamente, por medio de ellos, la mayoría de los que habían renegado volvían sobre sus pasos <sup>79</sup> y de nuevo eran conce-

bidos, se reanimaban y aprendían a confesar y, ya con vida y bien robustecidos, se iban acercando al tribunal para ser de nuevo interrogados por el gobernador, mientras Dios, que no quiere la muerte del pecador <sup>80</sup>, sino que es favorable al arrepentimiento, les suavizaba el camino.

47 »Efectivamente, el emperador disponía en su rescripto que los unos fueran degollados y los otros, con tal que renegaran, absueltos <sup>81</sup>. Al empezar a tenerse la gran fiesta local (concurren a ella en muchedumbre gentes de todas las razas), el gobernador hizo llevar de nuevo al tribunal a los bienaventurados, en plan de teatro y de espectáculo para las muchedumbres. Por eso les interrogó de nuevo, y a los que parecían estar en posesión del título de ciudadanos romanos, los hacía decapitar <sup>82</sup>, mientras que a los demás los mandaba a las fieras.

48 »Mas Cristo fue grandemente glorificado en aquellos que primeramente habían renegado y que ahora, contra lo que podían sospechar los paganos, confesaban su fe. A éstos, efectivamente, se los interrogaba en privado, como si al punto hubieran de ser puestos en libertad, pero al confesar su fe se los iba añadiendo a la fila de los mártires. Quedaron fuera, sin embargo, los que nunca tuvieron ni un vestigio de fe, ni sentido de la vestidura nupcial <sup>83</sup> ni idea del temor de Dios <sup>84</sup>, sino que con su manera de vivir infamaban el camino <sup>85</sup>, es decir, los hijos de la perdición <sup>86</sup>.

49 »En cambio, a los demás, a todos, se los incorporó a la Iglesia<sup>87</sup>. Cuando estaban siendo interrogados, un tal Alejandro, frigio de nacimiento y médico de profesión, que había vivido muchos años en las Galias y que de casi todos era conocido por su amor a Dios y por la franqueza de su hablar<sup>88</sup> (pues también participaba del carisma apostólico)<sup>89</sup>, se hallaba de pie junto al tribunal y con gestos los animaba a la confesión, pareciendo a los que rodeaban la tribuna como que tuviera dolores de parto<sup>90</sup>.

50 »La plebe, enfureciéndose porque de nuevo confesaban los que primeramente renegaran, se puso a gritar contra Alejandro, creyéndole causante de todo, y el gobernador, reparando en él, le preguntó quién era y, como éste respondiese: 'Un cristiano', montó en cólera y le condenó a las fieras. Y al día siguiente entró en la arena junto con Atalo, ya que el gobernador, por congraciarse con la plebe, entregó de nuevo Atalo a las fieras.

51 »Los dos pasaron por todos los instrumentos inventados para torturar en el anfiteatro y sostuvieron un gran combate. Por último también ellos fueron sacrificados<sup>91</sup>. Alejandro ni sollozó ni murmuró lo más mínimo, sino que en su corazón conversaba con Dios.

52 »Atalo, en cambio, cuando le pusieron sobre la silla de hierro y empezó a quemarse y de su cuerpo se desprendía el olor de carne asada, dijo dirigiéndose en latín a la muchedumbre: '¡Ya lo veis!, esto es comer hombres, lo que vosotros estáis haciendo.

En cambio, nosotros ni comemos hombres ni hacemos ninguna otra cosa de malo'. Y como le preguntaran qué nombre tiene Dios, contestó: 'Dios no tiene nombre como un hombre' <sup>92</sup>.

53 »Después de todo esto, el último día de luchas de gladiadores fue de nuevo llevada Blandina junto con Póntico, muchacho de unos quince años. Cada día se los había introducido para que viesen las torturas de los demás. Empezaron obligándoles a jurar por los ídolos de los paganos; mas como ellos permanecieron firmes y hasta los menospreciaron, la muchedumbre se puso enfurecida contra ellos hasta el punto de no tener lástima de la edad del muchacho ni respeto del sexo femenino.

54 »Los entregaron a todos los horrores y les hicieron recorrer todo el ciclo de torturas, una tras otra, probando a forzarles a jurar, sin que pudieran conseguirlo. Efectivamente, Póntico, animado por su hermana hasta el punto de que incluso los paganos podían ver que era ella la que le exhortaba y confortaba, después de sufrir generosamente toda clase de tormentos, entregó el espíritu <sup>93</sup>.

55 »Y la bienaventurada Blandina, la última de todos, como noble madre que ha infundido ánimos a sus hijos y los ha enviado por delante victoriosos a su rey <sup>94</sup>, después de hacer también ella el recorrido de todos los combates de sus hijos, volaba hacia ellos alegre y gozosa de la partida, como si fuera invitada a un banquete de bodas <sup>95</sup> y no arrojada a las fieras.

56 »Después de los látigos, después de las fieras y después de

las parrillas, por último la echaron a un toro. Lanzada a lo alto largo rato por el animal, insensible ya a lo que le estaba ocurriendo por su esperanza suspensa de cuanto había creído y por su conversación con Cristo, también ella fue sacrificada <sup>96</sup>, mientras incluso los mismos paganos confesaban que jamás entre ellos una mujer había padecido tantos y tales suplicios.

**57** »Pero ni aun así se hartó su vesania y crueldad para con los santos, porque, incitada por una fiera salvaje <sup>97</sup>, aquella tribu salvaje y bárbara <sup>98</sup> no podía fácilmente acallarse. Su cruel insolencia tomó otro rumbo particular: cebarse en los cadáveres.

**58** »En efecto, el haber sido vencidos no les causaba la menor vergüenza, ya que no reflexionaban como hombres, sino que enardecía todavía más su cólera, como de fiera, y así, tanto el gobernador como la plebe demostraban tener el mismo odio injusto contra nosotros, para que se cumpliera la Escritura: *que el injusto continúe en sus injusticias, y que el justo siga siendo justificado* <sup>99</sup>.

**59** »Efectivamente, a los que habían perecido asfixiados en la cárcel los arrojaban a los perros, vigilando cuidadosamente noche y día para evitar que alguno de nosotros les hiciera honras fúnebres. También entonces expusieron los restos dejados por las fieras y por el fuego, en parte despedazados y en parte carbonizados, y durante algunos días seguidos custodiaron con guardia militar las cabezas de los otros, junto con sus troncos, asimismo insepultos.

**60** »Y sobre esos restos los unos rezongaban y rechinaban los dientes <sup>100</sup>, buscando tomarse de ellos alguna venganza suplemen-

taria; los otros se reían y se mofaban, a la vez que engrandecían a sus ídolos, a los que atribuían el castigo de aquéllos, y los más moderados y que parecían compadecerse un poco menudeaban insultos diciendo: '¿Dónde está su Dios y de qué les aprovechó su religión, la que han preferido incluso a su propia vida?' <sup>101</sup>.

61 »Así de variada era la actitud de aquéllos; nosotros, en cambio, nos hundíamos en gran dolor porque no podíamos enterrar los cuerpos, ya que ni la noche nos ayudaba en ello, ni el dinero lograba persuadir ni las súplicas ablandar, sino que por todos los medios los custodiaban como si en el hecho de que los cuerpos no recibieran sepultura ellos tuviesen gran ganancia».

62 A continuación de esto, después de algunas otras cosas, dicen:

«Así, pues, los cuerpos de los mártires, después de ser expuestos al escarnio en todos los modos posibles y de estar a la intemperie durante seis días, fueron luego quemados y reducidos a ceniza, que aquellos impíos arrojaron al río Ródano, que pasa por allí cerca, para que ni siquiera sus reliquias fuesen ya visibles sobre la tierra.

63 »Y esto lo hacían pensando que podrían vencer a Dios y arrebatárles a aquéllos su nuevo nacimiento <sup>102</sup>, con el fin de que, según ellos decían, 'ni siquiera esperanza tengan de resurrección; persuadidos de ella, nos están introduciendo una religión extraña y nueva, desprecian los tormentos y vienen dispuestos y alegres a la muerte: veamos ahora si van a resucitar y si puede su Dios socorrerles y arrancarlos de nuestras manos'» <sup>103</sup>.

[DE CÓMO LOS MÁRTIRES, AMADOS DE DIOS, ACOGÍAN Y CUIDABAN DE LOS QUE EN LA PERSECUCIÓN HABÍAN FALLADO]

1 Tal fue lo que, bajo el mencionado emperador, aconteció a las iglesias de Cristo, y por ello se puede también conjeturar con cálculo razonable lo que se llevó a cabo en las demás provincias <sup>104</sup>; será conveniente añadir a lo dicho algunos pasajes más del mismo documento, en los cuales se describe la suavidad y humanidad de los susodichos mártires con estas mismas palabras:

2 «Los cuales, en el celo e imitación de Cristo <sup>105</sup>, quien *subsistiendo en forma de Dios no tuvo por usurpación el ser igual a Dios* <sup>106</sup>, llegaron a tan alto grado que, a pesar de su gloria y de haber dado testimonio, no una sola vez ni dos, sino muchas más veces, y de haber sido retirados de las fieras y de estar cubiertos por todas partes de quemaduras, cardenales y heridas, ni ellos mismos se proclamaban mártires ni a nosotros nos permitían que les llamásemos por este nombre; antes bien, si alguno de nosotros por carta o de palabra se dirigía a ellos como a mártires, lo reprendían severamente <sup>107</sup>.

3 »Y es que se complacían en ceder el título del martirio a Cristo, el fiel y verdadero mártir <sup>108</sup>, primogénito de los muertos y *autor de la vida* de Dios <sup>109</sup>, y recordando a los mártires que ya habían partido, incluso decían: 'Aquéllos sí que son mártires, puesto que Cristo tuvo a bien tomarlos consigo en su confesión y selló sus martirios con sus muertes; en cambio, nosotros somos unos confesores <sup>110</sup> medianos y sin relieve'; y con lágrimas exhortaban a los hermanos pidiéndoles que se hicieran asiduas oraciones <sup>111</sup> para lograr su consumación.

4 »Y con su obrar demostraban la fuerza de su martirio, dirigiendo la palabra con entera libertad a los paganos, y ponían de manifiesto su nobleza mediante su paciencia, su entereza y su impavidez; mas el título de mártires dado por los hermanos lo rechazaban, llenos de temor de Dios» <sup>112</sup>.

5 Y luego, poco más lejos, dicen:

«Se humillaban bajo la mano poderosa que ahora los tiene grandemente ensalzados <sup>113</sup>. Y entonces a todos defendían y a ninguno condenaban, a todos desataban y a ninguno ataban <sup>114</sup>, y, como Esteban, el mártir perfecto <sup>115</sup>, rogaban por los que les infligían los

tormentos: *Señor, no les imputes este pecado. Y si rogaba por los que le lapidaban, ¿cuánto más no haría por los hermanos?»*

**6** Y nuevamente, después de otros detalles, dicen:

«Porque éste fue para ellos su combate mayor contra él <sup>116</sup>, por la verdad de su amor, con el fin de que la bestia se atragantase y vomitara vivos a los que primeramente pensaba tener engullidos <sup>117</sup>. Efectivamente, no se mostraron arrogantes <sup>118</sup> frente a los caídos, antes bien, con entrañas maternas, acudían en socorro de los menesterosos con su propia abundancia y, derramando muchas lágrimas por ellos al Padre, pedían vida y a ellos se la daban <sup>119</sup>.

**7** »También se la repartían a los más próximos cuando, en todo vencedores, marchaban hacia Dios. Siempre amaron la paz, y en paz emigraron hacia Dios recomendándonos la paz, no dejando tras de sí ni trabajos a la madre <sup>120</sup> ni revuelta y guerra a los hermanos, sino alegría, paz <sup>121</sup>, concordia y amor».

**8** Lo dicho acerca del amor de aquellos bienaventurados hacia los hermanos caídos podrá ser útil, por causa de la actitud inhumana e inclemente de aquellos que, después de esto, se ensañaron implacables en los miembros de Cristo <sup>122</sup>.

## [QUÉ APARICIÓN TUVO EN SUEÑOS EL MÁRTIR ATALO]

1 El mismo escrito de los susodichos mártires contiene además otro relato digno de mención y no habrá inconveniente para que yo lo proponga al conocimiento de los lectores. Es así:

2 Alcibiades, uno de ellos, llevaba una vida austera hasta la miseria. Al principio no recibía nada en absoluto, no tomando sino sólo pan y agua. Incluso en la cárcel trataba de llevar el mismo régimen. Pero a Atalo, después de su primer combate librado en el anfiteatro, le fue revelado que Alcibiades no obraba bien no usando de las criaturas de Dios y dejando a los demás tras de sí un ejemplo de escándalo <sup>123</sup>.

3 Alcibiades, persuadido, empezó a tomar de todo sin reservas y daba gracias a Dios <sup>124</sup>. La gracia de Dios no les tenía descuidados, antes bien, el Espíritu Santo era su consejero. Y de estos casos baste así.

4 Como fue justamente por entonces cuando los partidarios de Montano, Alcibiades <sup>125</sup> y Teodoto, empezaron a dar a conocer

entre muchos en Frigia su opinión acerca de la profecía (pues los otros muchos milagros del carisma de Dios, que todavía hasta entonces venían realizándose por las diferentes iglesias, producían en muchos la creencia de que también aquéllos eran profetas), habiendo surgido discrepancias por su causa, de nuevo los hermanos de la Galia formularon su propio juicio, precavido y enteramente ortodoxo, acerca de ellos, exponiendo además diferentes cartas de los mártires consumados entre ellos, cartas que, estando todavía en la cárcel, habían escrito a los hermanos de Frigia <sup>126</sup>, y no sólo a ellos, que también a Eleuterio <sup>127</sup>, obispo entonces de Roma, como embajadores en pro de la paz de las iglesias.

#### 4

[DE CÓMO LOS MÁRTIRES RECOMENDABAN A IRENEO EN SU CARTA]

1 Los mismos mártires recomendaban a Ireneo, que ya por entonces era presbítero de la iglesia de Lión <sup>128</sup>, al mencionado obispo de Roma, dando de él numerosos testimonios, como demuestran las palabras siguientes:

2 «De nuevo y siempre rogamos que goces de salud en Dios, padre Eleuterio. Hemos impulsado a nuestro hermano y compañero <sup>129</sup> Ireneo para que te lleve esta carta, y te rogamos que le tengas por recomendado, celador como es del testamento de Cristo, por-

que, de saber que un cargo confiere a alguno justicia, desde el primer momento te lo habríamos recomendado como presbítero de la Iglesia, lo que es precisamente».

3 ¿Qué necesidad hay de transcribir la lista de los mártires <sup>130</sup>, así de los que acabaron por decapitación como de los que fueron arrojados para pasto de las fieras, como también de los que murieron en la cárcel y el número de confesores supervivientes hasta aquel momento? Para quien guste, le será fácil repasar muy cumplidamente estas listas si toma en las manos el escrito que, como ya dije <sup>131</sup>, se encuentra recogido en nuestra *Recopilación de martirios* <sup>132</sup>. Mas esto fue lo ocurrido bajo Antonino <sup>133</sup>.

## 5

[DE CÓMO DIOS ACCEDIÓ A LAS ORACIONES DE LOS NUESTROS E HIZO LLOVER DEL CIELO PARA EL EMPERADOR MARCO AURELIO]

1 Es tradición <sup>134</sup> que el hermano de éste, Marco Aurelio César <sup>135</sup>, hallándose en orden de batalla frente a los germanos y los

sármatas <sup>136</sup>, por causa de la sed que apretaba a su ejército, pasaba gran apuro. Mas los soldados que militaban bajo la, así llamada, legión de Melitene <sup>137</sup>—que por su fe todavía subsiste hasta hoy desde entonces—, formados frente al enemigo, pusieron sus rodillas en tierra, según nuestra familiar costumbre de orar, y dirigieron sus súplicas a Dios.

2 Semejante espectáculo pareció, en verdad, muy extraño a los enemigos, pero otro documento refiere que al instante les sorprendió otro espectáculo todavía más extraño: un huracán ponía en fuga y aniquilaba a los enemigos, mientras la lluvia caía sobre el ejército de los que habían invocado el socorro divino y lo reanimaba cuando ya estaba todo él a punto de perecer por causa de la sed.

3 El relato se conserva incluso en los escritores alejados de nuestra doctrina que se preocuparon de escribir sobre aquellos tiempos. También los nuestros lo dan a conocer. Sin embargo, los historiadores de fuera, como ajenos a la fe, exponen, sí, el prodigio, pero no confiesan que éste se realizó por las oraciones de los nuestros <sup>138</sup>; en cambio, los nuestros, como amantes de la verdad, transmiten con sencillez lo ocurrido y sin malicia.

4 De éstos podría ser también Apolinar <sup>139</sup>, quien afirma que la legión autora del prodigio por su oración recibió del emperador, a partir de entonces, un nombre adecuado al suceso, que en lengua latina se dice *Fulminea* <sup>140</sup>.

5 Testigo de estos hechos, digno de crédito, podría ser también Tertuliano, quien dirigió al senado la *Apología* latina en favor de la fe, de la que ya más arriba hemos hecho mención <sup>141</sup>, y confirma el relato con una demostración más amplia y más clara.

6 Escribe, pues, él también y dice que todavía hasta ahora se conservan cartas de Marco <sup>142</sup>, el emperador más inteligente, en las cuales él mismo atestigua que, estando su ejército a punto de perecer en Germania y por falta de agua, se salvó por las oraciones de los cristianos. Y sigue diciendo Tertuliano que el emperador amenazó incluso con pena de muerte a los que intentaran acusarnos.

7 A todo ello el mismo autor añade lo siguiente:

«¿Qué clase, pues, de leyes son éstas, impías, injustas y crueles, seguidas solamente contra nosotros? No las observó Vespasiano, a pesar de haber vencido a los judíos; Trajano las tuvo en parte como nada, al impedir que se buscara a los cristianos, y Adriano, a pesar

de ocuparse con extrema curiosidad con muchas cosas, no las sancionó, como tampoco el que es llamado Pío» 143.

Pero esto, que cada cual lo ponga donde quiera 144.

8 Nosotros, por nuestra parte, volvamos al hilo de lo que sigue. Cuando Potino, con sus noventa años de vida cumplidos, murió en compañía de los mártires de la Galia 145, recibió en sucesión el episcopado de la iglesia de Lyón, que Potino había regido, Ireneo 146. Hemos sabido que éste, en su juventud, fue oyente de Policarpo 147.

9 En el libro tercero de su obra *Contra las herejías* expone la sucesión de los obispos de Roma hasta Eleuterio, de cuya época investigamos también los sucesos, y establece la lista como si, efectivamente, su obra estuviera compuesta en tiempos de éste; escribe como sigue:

## 6

### [LISTA DE LOS OBISPOS DE ROMA]

1 «Los bienaventurados apóstoles, después de haber fundado y edificado la Iglesia, pusieron el ministerio del episcopado en manos de Lino. De este Lino hace mención Pablo en su carta a Timoteo 148.

2 «Le sucede Anacleto, y, después de éste, en tercer lugar a partir de los apóstoles 149, obtiene el episcopado Clemente, que también había visto a los bienaventurados apóstoles y tratado con ellos, y todavía tenía resonándole en sus oídos la predicación de los

apóstoles y delante de los ojos su tradición. Y no sólo él, porque entonces todavía sobrevivían muchos que habían sido instruidos por los apóstoles.

3 «Cuando en tiempos de este Clemente surgió entre los hermanos de Corinto no pequeña disensión, la iglesia de Roma escribió a los corintios una carta importantísima intentando reconciliarlos en la paz y renovar <sup>150</sup> su fe y la tradición que tenían recién recibida de los apóstoles» <sup>151</sup>.

Y después de breve espacio dice:

4 «A este Clemente sucede Evaristo, y a Evaristo, Alejandro; después es instituido Sixto, el sexto, por lo tanto, a partir de los apóstoles; y después de éste, Telesforo, que también sufrió gloriosamente el martirio <sup>152</sup>; luego Higinio <sup>153</sup>; después Pío, y, tras éste, Aniceto; habiendo sucedido a Aniceto Sotero, ahora es Eleuterio quien ocupa el cargo del episcopado, en duodécimo lugar a partir de los apóstoles.

5 «Por el mismo orden y con la misma sucesión <sup>154</sup> han llegado hasta nosotros la tradición y la predicación de la verdad que proceden de los apóstoles en la Iglesia» <sup>155</sup>.

[DE CÓMO INCLUSO HASTA AQUELLOS TIEMPOS SE REALIZABAN POR MEDIO DE LOS FIELES MILAGROS PORTENTOSOS]

1 Ireneo, coincidiendo con las narraciones que nosotros hemos discutido anteriormente en los libros que, en número de cinco, tituló *Refutación y destrucción de la falsamente llamada gnosis* <sup>156</sup>, esboza también estas cosas. En el libro segundo de la misma obra señala que, en algunas iglesias, han persistido incluso hasta él manifestaciones del maravilloso poder divino. Lo dice con estas palabras:

2 «Mucho les falta para resucitar a un muerto <sup>157</sup>, como lo resucitaron el Señor y los apóstoles mediante la oración y como se dio en la comunidad de hermanos muchas veces: por causa de la necesidad, la iglesia entera del lugar estuvo rogando con ayunos y repetidas súplicas, y el espíritu del muerto volvió, y el hombre recibió el favor en gracia a las oraciones de los santos» <sup>158</sup>.

Y de nuevo, después de otras cosas, dice:

3 «Pero si llegan a decir que el Señor ha hecho tales prodigios en mera apariencia, entonces los haremos remontarse a los escritos proféticos y por éstos les demostraremos que así está predicho acerca de Él, y que así ha sucedido con seguridad y que solamente Él es el Hijo de Dios. Por lo cual, también en su nombre los que son verdaderamente sus discípulos reciben de Él la gracia

y la utilizan en beneficio de los demás hombres, según el don que cada uno ha recibido de Él <sup>159</sup>.

4 »Unos, efectivamente, expulsan firme y verdaderamente a los demonios, de manera que muchas veces aquellos mismos que fueron purificados de los malos espíritus creen y están en la Iglesia; otros tienen conocimiento anticipado del porvenir, así como visiones y declaraciones proféticas; otros, en cambio, curan a los enfermos mediante la imposición de las manos y los restituyen sanos; más aún, como dijimos <sup>160</sup>, incluso muertos han sido resucitados y permanecieron con nosotros bastantes años. ¿Y para qué más?

5 »No es posible decir el número de gracias que por todo el mundo la Iglesia recibió de Dios en el nombre de Jesucristo crucificado bajo Poncio Pilato y que cada día va utilizando en beneficio de los paganos, sin engañar jamás a nadie ni despojarlo de su dinero, porque gratuitamente lo ha recibido de Dios y gratuitamente <sup>161</sup> lo sirve» <sup>162</sup>.

6 Y en otro lugar escribe el mismo:

«Así como también oímos que hay muchos hermanos en la Iglesia que tienen carismas proféticos y que por medio del Espíritu hablan en toda clase de lenguas <sup>163</sup>, que ponen al descubierto los secretos de los hombres <sup>164</sup> cuando es provechoso y que explican los misterios de Dios» <sup>165</sup>.

Esto es lo que hay sobre la permanencia de los diferentes carismas <sup>166</sup> hasta los tiempos mencionados entre los que de ellos eran dignos <sup>167</sup>.

## [DE CÓMO IRENEO MENCIONA LAS DIVERSAS ESCRITURAS]

1 Puesto que al dar comienzo a la obra <sup>168</sup> hicimos promesa de citar oportunamente las palabras de los antiguos presbíteros y escritores eclesiásticos, en las cuales nos han transmitido por escrito las tradiciones llegadas hasta ellos acerca de las Escrituras canónicas, y como quiera que Ireneo era uno de ellos <sup>169</sup>, citemos también sus palabras;

2 y, en primer lugar, las que se refieren a los sagrados evangelios; son las siguientes:

«Mateo publicó entre los hebreos, en su lengua propia <sup>170</sup>, un *Evangelio* también escrito <sup>171</sup>, mientras Pedro y Pablo estaban en Roma evangelizando y poniendo los cimientos de la Iglesia.

3 »Después de la muerte de éstos, Marcos <sup>172</sup>, el discípulo e intérprete de Pedro, nos transmitió por escrito, él también, lo que Pedro había predicado. Y Lucas, por su parte, el seguidor de Pablo <sup>173</sup>, puso en un libro el *Evangelio* que éste había predicado.

4 »Finalmente, Juan, el discípulo del Señor, el que se había reclinado sobre su pecho <sup>174</sup>, también él publicó el *Evangelio*, mientras moraba en Efeso de Asia <sup>175</sup>.

5 Esto es lo que se dice en el libro tercero antes mencionado

de la dicha obra, pero en el quinto se expresa acerca del *Apocalipsis* de Juan y de la cifra del nombre del anticristo <sup>176</sup> como sigue:

«Siendo esto así y hallándose este número en todas las buenas y antiguas copias, y atestiguándolo aquellos mismos que vieron a Juan cara a cara, y puesto que la razón nos enseña que el número del nombre de la bestia aparece manifiesto según el cálculo de los griegos por medio de las letras que hay en él...» <sup>177</sup>.

6 Y un poco más abajo sigue diciendo sobre lo mismo:

«Nosotros, pues, no nos arriesgaremos a manifestarnos de manera segura acerca del nombre del anticristo, porque, si hubiera sido necesario en la ocasión presente proclamar abiertamente su nombre, se hubiera hecho por medio de aquel que también había visto el *Apocalipsis*, ya que no hace mucho tiempo que fue visto, sino casi en nuestra generación, hacia el final del imperio de Domiciano» <sup>178</sup>.

7 Esto es lo que el citado autor refiere acerca del *Apocalipsis*, pero menciona también la primera carta de Juan al aducir numerosos <sup>179</sup> testimonios sacados de ella, lo mismo que de la primera de Pedro <sup>180</sup>; y no solamente conoce, sino que también admite <sup>181</sup> el escrito del *Pastor* cuando dice:

«Porque bien dice la Escritura: *Lo primero de todo, cree que hay un solo Dios, el que todo lo ha creado y ordenado, etc.*» <sup>182</sup>.

8 Y hasta utiliza algunas sentencias sacadas de la *Sabiduría de Salomón*, diciendo poco más o menos:

«*Visión de Dios que produce incorrupción; y la incorrupción hace estar cerca de Dios*»<sup>183</sup>, y menciona las *Memorias* de cierto presbítero apostólico, cuyo nombre silenció, y cita sus *Explicaciones de las divinas Escrituras*<sup>184</sup>.

9 Hace mención, además, del mártir Justino y de Ignacio, utilizando una vez más testimonios sacados de las obras escritas por ellos<sup>185</sup>, y promete refutar él mismo, con un trabajo propio, a Marción, partiendo de sus escritos<sup>186</sup>.

10 Y por lo que hace a la traducción de las Escrituras inspiradas realizada por los Setenta, escucha lo que textualmente escribe:

«Dios, pues, se hizo hombre, y el Señor mismo nos salvó, después de darnos la señal de la Virgen; pero no como dicen algunos de ahora que se atreven a traducir la Escritura: *He aquí que la joven concebirá en su vientre y dará a luz un hijo*<sup>187</sup>, como han traducido Teodoción, el de Efeso, y Aquila, el del Ponto, ambos judíos prosélitos, a los que siguen los ebionitas cuando dicen que aquél nació de José»<sup>188</sup>.

11 Tras un breve espacio, añade a lo dicho:

«Efectivamente, antes de que los romanos hiciesen prevalecer

su gobierno y cuando todavía los macedonios retenían el Asia, Tolomeo, hijo de Lagos <sup>189</sup>, ambicionando adornar la biblioteca por él organizada en Alejandría con las obras de todos los hombres, siquiera las buenas, pidió a los de Jerusalén tener traducidas en lengua griega sus Escrituras.

12 »Ellos, que por entonces aún estaban sometidos a los macedonios, enviaron a Tolomeo setenta ancianos, los más versados entre ellos en las Escrituras y en ambas lenguas. Dios hacía precisamente lo que quería.

13 »Tolomeo, queriendo probarlos aparte y precaviéndose de que se pusieran de acuerdo para ocultar mediante la traducción la verdad que hay en las Escrituras, los hizo separar a unos de otros y ordenó que todos escribieran la misma traducción, y así hizo con todos los libros.

14 »Mas cuando luego se reunieron junto a Tolomeo y cada uno comparó su propia traducción, Dios fue glorificado y las Escrituras fueron reconocidas como verdaderamente divinas: todos habían proclamado las mismas cosas con las mismas expresiones y los mismos nombres, desde el comienzo hasta el fin, de manera que incluso los paganos allí presentes conocieron que las Escrituras estaban traducidas bajo inspiración de Dios.

15 »Y en nada hay que extrañarse de que obrase Dios esto, porque Él fue quien, habiéndose destruido las Escrituras en la cautividad del pueblo bajo Nabucodonosor y habiendo regresado los judíos a su país después de setenta años, luego, en los tiempos de Artajerjes, rey de los persas, inspiró al sacerdote Esdras <sup>190</sup>, de la

tribu de Leví, el rehacer todas las palabras de los profetas que le habían precedido y restituir al pueblo la legislación dada por medio de Moisés» 191.

Todo esto dice Ireneo.

## 9

[LOS QUE FUERON OBISPOS BAJO CÓMODO]

Habiéndose mantenido Antonino en el imperio diecinueve años, recibe el principado Cómodo 192. El año primero de éste y después de haber cumplido Agripino el ministerio por espacio de doce años, es Juliano quien se hace cargo del episcopado de las iglesias de Alejandría 193.

## 10

[DE PANTENO, EL FILÓSOFO]

I Por aquel tiempo dirigía la escuela de los fieles de allí un varón celeberrimo por su instrucción, cuyo nombre era Panteno 194.

Existía entre ellos, por antigua costumbre, una escuela de las sagradas letras. Esta escuela sigue prolongándose hasta nosotros<sup>195</sup> y, por lo que hemos sabido, la forman hombres elocuentes y estudiosos de las cosas divinas<sup>196</sup>. Pero una tradición afirma que entre los de aquella época brillaba sobremanera el mencionado Panteno. ¡Como que procedía de la escuela filosófica de los llamados estoicos!

2 Se cuenta, pues, que demostró un celo tan grande por la doctrina divina con su ardentísima disposición de ánimo, que incluso fue proclamado heraldo del Evangelio de Cristo para los paganos del Oriente y enviado hasta las tierras indias<sup>197</sup>. Porque había, sí, había hasta aquel entonces aún numerosos evangelistas de la doctrina, cuya preocupación era poner a contribución su inspirado celo de imitación de los apóstoles para acrecentamiento y edificación de la doctrina divina.

3 De éstos fue también Panteno, y se dice que fue a la India, donde es tradición que se encontró con que el *Evangelio de Mateo* se le había adelantado en su llegada entre algunos habitantes del país que conocían a Cristo: Bartolomé, uno de los apóstoles, les había predicado y les había dejado el escrito de Mateo en los propios caracteres hebreos<sup>198</sup>, escrito que conservaban hasta el tiempo mencionado.

4 Lo cierto es, al menos, que Panteno, por sus muchos merecimientos, terminaba rigiendo la escuela de Alejandría, comentando de viva voz y por escrito <sup>199</sup> los tesoros de los dogmas divinos.

## 11

[DE CLEMENTE DE ALEJANDRÍA]

1 Por este tiempo <sup>200</sup> se ejercitaba en las Escrituras divinas y era célebre en Alejandría Clemente <sup>201</sup>, homónimo del discípulo de los apóstoles que antiguamente rigiera la iglesia de Roma.

2 En las *Hypotyposesis* <sup>202</sup> que compuso menciona por su nombre a Panteno <sup>203</sup> como maestro suyo, y a éste mismo alude, me parece a mí <sup>204</sup>, en el libro primero de sus *Stromateis* cuando, al señalar a los más célebres de la sucesión <sup>205</sup> apostólica por él recibida, dice lo siguiente:

3 «En verdad esta obra no es un escrito compuesto con arte para ostentación, sino apuntes atesorados para mi vejez, remedio contra el olvido, imagen sin arte y dibujo en sombras de aquellas palabras brillantes y llenas de vida que yo tuve el honor de escuchar, y de aquellos varones bienaventurados y realmente eminentes.

4 »Uno de ellos, el jónico, en Grecia; otro en la Magna Grecia; otro era de Celesiria, otro de Egipto; otros en cambio estaban por Oriente, uno de ellos de Asiria y otro, de origen hebreo, en Palestina. Pero cuando topé con el último—que, sin embargo, era el primero en poder—y le di caza en Egipto, donde se ocultaba, descansé <sup>206</sup>.

5 »Mas estos hombres, que conservaban la verdadera tradición de la enseñanza bendita proveniente en línea recta de los santos apóstoles, de Pedro y de Santiago, de Juan y de Pablo, recibíendola el hijo del padre (mas pocos fueron los hijos parecidos a los padres) <sup>207</sup>, con la ayuda de Dios han llegado incluso hasta nosotros para depositar aquellas semillas ancestrales y apostólicas» <sup>208</sup>.

## 12

### [DE LOS OBISPOS DE JERUSALÉN]

I En estos tiempos <sup>209</sup> era célebre y famoso—aun hoy sigue siendo entre muchos—Narciso, obispo de la iglesia de Jerusalén, decimoquinto en la sucesión desde el asedio de los judíos bajo Adriano <sup>210</sup>. Ya demostramos que fue desde entonces cuando por primera vez allí la Iglesia se compuso de gentiles, después de los

oriundos de la circuncisión, y que el primero de los obispos gentiles que los dirigió fue Marcos <sup>211</sup>.

2 Y las sucesiones <sup>212</sup> del lugar señalan que después de él fue obispo Casiano, y después de éste, Publio, luego Máximo; tras ellos, Juliano; después, Cayo, y después de éste, Símaco y un segundo Cayo; de nuevo otro Juliano; detrás de éstos, Capitón, Valente y Doliquiano, y después de todos, Narciso, trigésimo desde los apóstoles, según la sucesión de la serie <sup>213</sup>.

## 13

[DE RODÓN Y DE LAS DISENSIONES QUE MENCIONA DE LOS MARCIONITAS]

1 También por este tiempo, Rodón <sup>214</sup>, oriundo de Asia y discípulo en Roma, como él mismo cuenta, de Taciano, al que ya conocemos por lo anterior <sup>215</sup>, compuso diferentes libros y se alineó también con los demás contra la herejía de Marción. Cuenta que en su tiempo ésta se hallaba dividida en diversos pareceres <sup>216</sup>, describe a los causantes de la ruptura y refuta con rigor las falsas doctrinas imaginadas por cada uno de ellos.

2 Escucha, pues, lo que escribe:

«Por esto discrepan también entre sí, porque reivindicán doc-

trinas inconsistentes. Efectivamente: de su rebaño es Apeles, venerado por su conducta y por su ancianidad, quien sí confiesa un solo principio, pero dice que los profetas proceden del espíritu contrario, y obedece a los preceptos de una virgen poseída del demonio llamada Filomena <sup>217</sup>.

3 »Otros <sup>218</sup>, en cambio, igual que el mismo piloto Marción <sup>219</sup>, introdujeron dos principios. De sus filas vienen Potito y Basílico.

4 »También éstos siguieron al lobo del Ponto y, al no encontrar, como él tampoco, la división de las cosas, dieron media vuelta hacia lo fácil y proclamaron dos principios, escuetamente y sin demostración. Y otros, partiendo a su vez de éstos, vinieron a dar en lo peor y suponen no ya sólo dos, sino incluso tres naturalezas; su jefe y patrono es Sinero, según dicen los que están al cargo de su escuela».

5 Escribe también el mismo autor que incluso llegó a tratar a Apeles; dice así:

«Porque al viejo Apeles, cuando tuvo trato con nosotros, se le convenció de que estaba diciendo muchas cosas equivocadamente, y a partir de entonces solía repetir que no convenía examinar por entero las razones, sino que cada cual se quedara con su propia creencia; declaraba, efectivamente, que se salvaban los que tenían puesta su esperanza en el Crucificado, con tal solamente de que sean hallados con buenas obras. Mas, como ya hemos dicho, declaraba que para él, de todos, el asunto más oscuro era el que a Dios se refiere. Y es que decía, lo mismo que nuestra doctrina, que solamente hay un principio».

6 Luego, después de exponer todo el parecer de éste, sigue diciendo:

«Como yo le preguntara: ¿De dónde sacas esta prueba o cómo puedes tú decir que hay un principio? Explícanoslo. Contestó que las profecías se refutaban a sí mismas porque nada han dicho enteramente verdadero, ya que discrepan, son engañosas y unas a otras se contradicen. En cuanto a cómo hay un solo principio, decía que lo ignoraba, que así, sin más, se sentía movido.

7 «Entonces yo le conjuré a que me dijese la verdad, y él juró que estaba diciendo la verdad: que no sabía cómo existe un solo Dios increado <sup>220</sup>, pero que él lo creía. Yo entonces me eché a reír y le acusé de decir que es maestro y no saber, sin embargo, dominar lo que enseña».

8 El mismo autor <sup>221</sup>, dirigiéndose a Calistión en la misma obra, confiesa que él mismo fue discípulo de Taciano en Roma y dice también que Taciano preparó un libro de *Problemas* <sup>222</sup>; como Taciano prometiera hacer ver mediante ellos lo oscuro y oculto de las divinas Escrituras, el propio Rodón anuncia a su vez que va a exponer en un libro especial <sup>223</sup> las soluciones de los problemas de aquél. Se conserva también de él un *Comentario sobre el Hexameron*.

9 Apeles, sin embargo, profirió impiamente innumerables ultrajes contra la ley de Moisés, blasfemando de las divinas palabras

con sus numerosos escritos y poniendo gran empeño, al menos por lo que parecía, en refutarlas y en destruirlas <sup>224</sup>.

Esto es, pues, lo que hay sobre ellos.

## 14

### [DE LOS FALSOS PROFETAS CATAFRIGAS]

Como quiera que el enemigo de la Iglesia de Dios es en sumo grado aborrecedor del bien y amante del mal y en modo alguno deja de lado cualquier manera de conspirar contra los hombres, hizo que de nuevo brotasen extrañas herejías contra la Iglesia. De estos herejes <sup>225</sup>, los unos, a modo de serpientes venenosas, reptaban por Asia y Frigia, jactándose de tener al Paráclito en Montano y en las mujeres de su acompañamiento, Priscila y Maximila, las supuestas profetisas de Montano <sup>226</sup>.

## 15

### [DEL CISMA DE BLASTO EN ROMA]

Los otros florecían en Roma. Los dirigía Florino, un rebotado del presbiterio de la Iglesia, y con él Blasto, que había tenido una caída <sup>227</sup> similar. Estos arrastraron a muchos de la Iglesia y los sometieron a su voluntad, intentando uno y otro introducir novedades sobre la verdad, cada cual por su parte <sup>228</sup>.

## 16

### [LO QUE SE MENCIONA ACERCA DE MONTANO Y DE LOS PSEUDOPROFETAS DE SU ACOMPAÑAMIENTO]

1 Contra la herejía llamada catafriga, el poder defensor de la verdad suscitó en Hierápolis un arma potente e invencible: Apolinar, de quien ya más arriba esta obra hizo mención <sup>229</sup>, y con él otros muchos hombres doctos de aquel tiempo, de los cuales se nos ha dejado tema abundante para historiar.

2 Al comenzar, pues, uno de los mencionados <sup>230</sup> su escrito

contra aquéllos, señala primeramente que también ha luchado contra ellos con argumentos orales. Escribe en su prólogo de esta manera:

3 «Hace muchísimo y muy largo tiempo, querido Avircio Marcelo <sup>231</sup>, que tú me ordenaste escribir algún tratado contra la herejía de los llamados 'de Milcíades' <sup>232</sup>, pero hasta ahora en cierta manera me encontraba indeciso, no por dificultad en poder refutar la mentira y dar testimonio de la verdad, sino por temor de que, a pesar de mis precauciones, pareciera a algunos en cierto modo que yo agrego o sobreañado <sup>233</sup> algo nuevo a la doctrina del *Nuevo Testamento* <sup>234</sup>, a la que no puede añadir ni quitar nada quien haya elegido vivir conforme a este mismo Evangelio <sup>235</sup>.

4 »Hallándome recientemente en Ancira de Galacia y comprendiendo que la iglesia local estaba aturdida por esta, no ya, como dicen ellos, nueva profecía, sino, más propiamente, según se demostrará, pseudoprofecía, en cuanto nos fue posible y con la ayuda del Señor, durante varios días, discutimos intensísimamente <sup>236</sup>

acerca de estos mismos hombres y sobre los puntos por ellos propuestos, tanto que la iglesia se llenó de gozo y quedó robustecida en la verdad, mientras que los contrarios eran rechazados por el momento y los enemigos abatidos.

5 »En consecuencia, los presbíteros del lugar pidieron que les dejásemos alguna nota de lo que se había dicho contra los que se oponen a la doctrina de la verdad <sup>237</sup>, hallándose también presente nuestro copresbítero <sup>238</sup> Zotico, el de Otreño, mas nosotros no lo hicimos; en cambio, prometimos escribirlo aquí, Dios mediante, y enviárselo con toda presteza».

6 Después de exponer al comienzo esto y a continuación alguna otra cosa, sigue adelante y narra la causa de la mencionada herejía de esta manera:

«Ahora bien, su conducta y su reciente ruptura herética respecto de la Iglesia tuvieron como causa lo que sigue.

7 »Se dice que en la Misia de Frigia existe una aldea llamada Ardabán <sup>239</sup>. Allí es, dicen, donde un recién convertido a la fe llamado Montano, por primera vez, en tiempos de Grato, procónsul de Asia <sup>240</sup>, dando entrada en sí mismo al enemigo con la pasión desmedida de su alma ambiciosa de preeminencia, quedó a merced del espíritu y de repente entró en arrebató convulsivo como poseso y en falso éxtasis <sup>241</sup>, y comenzó a hablar y a proferir palabras

extrañas, profetizando desde aquel momento en contra de la costumbre recibida por la tradición y por sucesión desde la Iglesia primitiva.

8 »De los que en aquella ocasión escucharon estas bastardas expresiones, los unos, enojados con él por energúmeno, endemoniado, empapado en el espíritu del error y perturbador de las muchedumbres, lo reprendían y trataban de impedirle hablar, acordándose de la explicación y advertencia del Señor sobre estar en guardia y alerta con la aparición de los falsos profetas <sup>242</sup>; los otros, en cambio, como excitados por un espíritu santo y un carisma profético, y no menos hinchados de orgullo y olvidadizos de la explicación del Señor, fascinados y extraviados por el espíritu insano <sup>243</sup>, seductor y descarriador del pueblo, lo provocaban para que no permaneciese ya más en silencio <sup>244</sup>.

9 »Con cierta maña, o mejor, con tales métodos fraudulentos, el diablo <sup>245</sup> maquinó la perdición de los desobedientes y, honrado contra todo merecimiento por ellos, excitó e inflamó además sus mentes adormiladas, ya lejos de la fe verdadera, y así suscitó otras dos mujeres cualesquiera <sup>246</sup> y las llenó de su espíritu bastardo, de manera que también ellas se pusieron a hablar delirando, a destiempo y de modo extraño, como el mencionado antes. El espíritu proclamaba bienaventurados a los que se alegraban y vanagloriaban en él y los henchía con la grandeza de sus promesas; a veces, sin

embargo, por motivos supuestos y verosímiles, los condenaba públicamente con el fin de parecer también él capaz de argüir; mas, con todo, pocos eran los frigos engañados <sup>247</sup>. El orgulloso espíritu enseñaba además a blasfemar contra la Iglesia católica entera que se extiende bajo el cielo, porque el espíritu pseudoprofético no había tenido ni honor ni entrada en ella.

10 »Efectivamente, los fieles de Asia se habían reunido <sup>248</sup> para esto muchas veces y en muchos lugares de Asia, y, después de examinar las recientes doctrinas, las declararon profanas y las rechazaron como herejía; de esta manera aquéllos fueron expulsados de la Iglesia y separados de la comunión».

11 Esto es lo que se refiere en los comienzos; luego continúa a través de todo el libro la refutación del error montanista, y en el segundo libro dice sobre el final de las personas antedichas lo que sigue:

12 «Pues bien, puesto que nos llaman mataprofetos <sup>249</sup> porque no admitimos a sus profetas charlatanes <sup>250</sup> (dicen, efectivamente, que éstos son los que el Señor había prometido enviar a su pueblo <sup>251</sup>), que ante Dios nos respondan: De los que comenzaron a hablar <sup>252</sup> a partir de Montano y de las mujeres, ¿hay alguno, amigos, al que los judíos hayan perseguido o al que los criminales hayan asesinado? Ninguno. ¿Ni siquiera alguno de ellos fue apre-

sado y crucificado por causa del nombre? <sup>253</sup>. Tampoco, desde luego. ¿Ni siquiera alguna de las mujeres ha sido azotada en las sinagogas de los judíos y lapidada? <sup>254</sup>

13 »Ni en parte alguna, en absoluto. En cambio, se dice que Montano y Maximila finaron con otro género de muerte. Efectivamente, es fama que éstos, por influjo del espíritu perturbador de la mente, que al uno y a la otra movía, se ahorcaron, aunque no a la vez, y que al tiempo de la muerte de uno y otra corrió abundante rumoreo de que habían acabado y muerto de la misma manera que Judas el traidor <sup>255</sup>.

14 »Como también es rumor insistente que aquel inefable Teodoto, el primer, digamos, intendente <sup>256</sup> de su pretendida profecía, hallándose un día como levantado y alzado hacia los cielos, entró en éxtasis y se confió por entero al espíritu del engaño <sup>257</sup>, y entonces, lanzado con fuerza, acabó desastrosamente. Al menos dicen que así fue.

15 »Sin embargo, querido, no habiéndolo visto nosotros, pensamos que nada sabemos de ello; porque quizás haya ocurrido así, pero también quizás no han muerto así ni Montano ni Teodoto ni la susodicha mujer».

**16** Vuelve a decir en el mismo libro que los sagrados obispos de aquel tiempo intentaron refutar el espíritu que había en Maximila, pero que otros se lo impidieron, colaboradores, evidentemente, de aquel espíritu.

**17** Escribe como sigue:

«Y que el espíritu que obra por medio de Maximila no diga en el mismo libro de Asterio Urbano <sup>258</sup>: 'Me persiguen como a lobo lejos de las ovejas; yo no soy lobo, soy palabra y espíritu y poder' <sup>259</sup>, antes bien que demuestre claramente el poder que hay en el espíritu, que lo pruebe y que por medio del espíritu obligue a confesar a los que en aquella ocasión se hallaban presentes para examinar y para dialogar con el espíritu que hablaba, varones probados y obispos: Zotico, de la aldea de Cumana <sup>260</sup>, y Juliano, de Apamea, cuyas bocas amordazaron los partidarios de Temiso <sup>261</sup>, impidiendo así que refutaran al espíritu engañador y descarriador de pueblos».

**18** De nuevo en el mismo libro, a la vez que se dicen algunas otras cosas refutando las falsas profecías de Maximila, indica el tiempo en que escribió esto y menciona los vaticinios de aquélla, en los cuales predecía que habría guerras y revoluciones <sup>262</sup>; la falsedad de todo ello la descubre él cuando escribe:

**19** «¿Y cómo no se ha evidenciado ya también esta mentira?

Porque son ya más de trece años los transcurridos hasta hoy desde que murió aquella mujer y en el mundo no ha habido guerra, ni parcial ni general, sino que incluso para los cristianos la paz ha sido más permanente <sup>263</sup>, por misericordia divina».

**20** Esto lo hemos tomado del libro segundo. Pero también del tercero citaremos algunas breves frases, por las cuales dice contra los que se jactaban de que entre ellos ha habido más mártires:

«Ahora bien, cuando se los refuta con todo lo dicho y se ven apurados, intentan refugiarse en los mártires, diciendo que tienen muchos mártires <sup>264</sup> y que esto es una garantía fidedigna del poder del espíritu que ellos llaman profético. Pero esto, al parecer, es de todo lo menos verdadero.

**21** »Efectivamente, de las otras herejías algunas tienen numerosísimos mártires, y no por esto vamos a prestarles asentimiento ni a confesar que poseen la verdad. Los primeros, al menos, los que se llaman marcionitas <sup>265</sup> por seguir la herejía de Marción, también ellos dicen que tienen mártires innumerables <sup>266</sup>, pero a Cristo mismo no lo confiesan conforme a la verdad».

Y después de breve espacio, añade a lo dicho:

**22** «Por lo cual, siempre que los fieles de la Iglesia llamados a

dar testimonio de la fe conforme a la verdad se encuentran con algunos de los llamados mártires procedentes de la herejía catafriga, se apartan de ellos y mueren sin haber comunicado con ellos, porque no quieren prestar asentimiento al espíritu que se vale de Montano y de sus mujeres. Que esto es verdad y que, incluso en nuestros tiempos <sup>267</sup>, ha ocurrido en Apamea, orillas de Meandro, se evidencia en los martirios de Cayo y Alejandro de Eumenia y de sus compañeros.»

## 17

### [DE MILCÍADES Y LOS TRATADOS QUE COMPUSO]

1 En la misma obra <sup>268</sup> se menciona también a Milcíades <sup>269</sup>, un escritor que, al parecer, también ha escrito un tratado contra la antedicha herejía. Después de citar algunos pasajes de éstos <sup>270</sup> continúa diciendo:

«Esto encontré en una obra de las que atacan al escrito de Milcíades <sup>271</sup>, nuestro hermano, escrito en que demuestra no ser necesario que un profeta hable en éxtasis, y me lo he resumido».

2 Un poco más abajo de la misma obra establece una lista de los que han profetizado en el Nuevo Testamento; entre ellos enumera a un tal Amias y a Cuadrato; dice así:

«... mas el falso profeta, en el éxtasis—al que siguen el descaro y la osadía—, comienza por voluntaria ignorancia y termina en demencia involuntaria del alma, según se ha dicho anteriormente.

3 »Mas no podrán mostrar un solo profeta, ni del Antiguo ni del Nuevo (Testamento) que fuera arrebatado por el espíritu de esta manera, ni podrán gloriarse de Agabo <sup>272</sup>, ni de Judas, ni de Silas <sup>273</sup>, ni de las hijas de Felipe <sup>274</sup>, ni de Amias de Filadelfia <sup>275</sup>, ni de Cuadrato <sup>276</sup> ni de ningún otro, si lo hay, porque nada tienen que ver con ellos».

4 Y luego, tras corto espacio, dice lo siguiente:

«Porque, si es como dicen, que después de Cuadrato y de Amias de Filadelfia, el carisma profético lo recibieron en sucesión las mujeres del séquito de Montano, que demuestren quiénes de entre ellos han sucedido a los discípulos de Montano y a sus mujeres, ya que el Apóstol sostiene que es necesario que el carisma profético subsista en toda la Iglesia hasta la parusía final <sup>277</sup>. Pero no podrán mostrar a nadie, a pesar de ser ya éste el decimocuarto de la muerte de Maximila».

5 Esto dice él. Por lo que atañe a Milcíades, por él mismo mencionado, también nos ha dejado otros recuerdos de su aplicación diligente a las divinas Escrituras en los tratados que compuso *Contra los griegos* y *Contra los judíos*, temas con los que se enfrentó separa-

damente en sendos libros. Es más, también ha hecho una *Apología* dirigida a los príncipes <sup>278</sup> del mundo en favor de la filosofía <sup>279</sup> por él profesada <sup>280</sup>.

## 18

[EN QUÉ TÉRMINOS APOLONIO REFUTÓ A LOS CATAFRIGAS Y A QUIÉNES MENCIONA]

1 Como la herejía llamada catafriga estuviera floreciente aún por aquel entonces en Frigia, también Apolonio <sup>281</sup>, escritor eclesiástico, acometió la empresa de una refutación. Compuso contra ellos un escrito propio, en el que, palabra por palabra, corrige las falsas profecías por ellos alegadas y describe cómo fue la vida de los cabecillas de la herejía. Pero escucha esto que dice sobre Montano, a la letra:

2 «Mas sus obras y su enseñanza muestran quién es este nuevo maestro. Este es el que enseñó las rupturas de matrimonios <sup>282</sup>, el que impuso leyes de ayunos <sup>283</sup>, el que dio el nombre de Jerusalén a Pepuza y a Timio (ciudades éstas insignificantes de Frigia) <sup>284</sup>, por-

que quería reunir allí a gente de todas partes el que estableció recaudadores de dinero, el que inventaba la aceptación de donativos bajo el nombre de ofrendas, el que asalariaba a los heraldos de su doctrina <sup>285</sup>, con el fin de que la enseñanza de su doctrina se afirmase por medio de la glotonería <sup>286</sup>.

3 Esto sobre Montano. Pero un poco más abajo también escribe acerca de sus profetisas como sigue:

«Demostramos, por lo tanto, que estas primeras profetisas en persona son las que, desde el momento en que fueron llenas del espíritu, abandonaron a sus maridos. ¿Cómo, pues, trataban de engañarnos llamando virgen a Priscila?»

4 Todavía sigue diciendo:

«¿No te parece que toda la Escritura prohíbe que un profeta reciba dones y dinero? <sup>287</sup> Por lo tanto, cuando veo <sup>288</sup> que la profetisa ha recibido oro y plata y vestidos suntuosos, ¿cómo no voy a rechazarla?»

5 Y un poco más abajo, otra vez dice sobre algunos de sus confesores lo que sigue:

«Más aún: también Temiso, que envolvió su avidez con visos de aceptabilidad y que no soportó las insignias de la confesión <sup>289</sup>, sino que depuso las cadenas a cambio de abundante dinero, cuando por todo esto debía humillarse, se las dio de mártir y, componiendo

una *Carta católica*, a imitación del Apóstol <sup>290</sup>, se atrevió a catequizar a los que eran mejores creyentes que él, a combatir con palabras vacías de sentido y a blasfemar contra el Señor, los apóstoles y la santa Iglesia».

6 Y acerca de otro, también de los que ellos estiman como mártires <sup>291</sup>, escribe así:

«Y para no hablar de más, que nos diga la profetisa <sup>292</sup> lo que hay de Alejandro, el que a sí mismo se llama mártir, con el cual ella banquetea y al que muchos incluso adoran. No es preciso que digamos los latrocinios y demás crímenes suyos por los que ha sido castigado: los conserva el *opistodomo* <sup>293</sup>.

7 » ¿Quién, pues, perdona a quién de sus pecados? <sup>294</sup> ¿Cuál de los dos: el profeta al mártir sus latrocinios, o el mártir al profeta su avaricia? Porque, teniendo dicho el Señor: *no poseáis ni oro ni plata ni dos túnicas* <sup>295</sup>, éstos han pecado haciendo todo lo contrario en lo que atañe a la posesión de estas cosas prohibidas. Efectivamente, vamos a demostrar que los llamados entre ellos profetas y mártires no solamente hacen a la calderilla de los ricos, sino también a la de los pobres, de los huérfanos y de las viudas.

8 »Y si están seguros, que se planten aquí y se expliquen sobre

estos puntos para que, en el caso de quedar convictos, en adelante dejen de prevaricar. Efectivamente, hay que examinar los frutos de los profetas <sup>296</sup>,

9 »ya que por su fruto se conoce al árbol <sup>297</sup>. Y para que cuantos lo deseen conozcan la historia de Alejandro, fue juzgado por Emilio Frontino, procónsul de Efeso <sup>298</sup>, no por causa del nombre <sup>299</sup>, sino por los robos que había osado cometer, porque era ya un delincuente. Luego, añadiendo mentira a mentira en nombre del Señor, engañó a los fieles del lugar y fue puesto en libertad, y su propia comunidad de origen no lo recibió, por ser ladrón; los que quieran saber su historia tienen el archivo público de Asia <sup>300</sup>.

10 »El profeta no lo conoce, a pesar de convivir con él muchos años <sup>301</sup>. Nosotros, desenmascarándole a él, por él ponemos en evidencia la naturaleza <sup>302</sup> del profeta. Cosas parecidas podemos demostrar de muchos; y, si se atreven, que soporten la prueba».

11 Y de nuevo, en otro lugar de la obra, añade lo que sigue, acerca de los profetas de que se jactan:

«Si por ventura niegan que sus profetas han recibido regalos, que admitan esto: si se les prueba que los han recibido, no son profetas, y nosotros aduciremos pruebas de ello a miles. Es preciso comprobar todos los frutos del profeta. Un profeta, dime, ¿se tiñe los cabellos? <sup>303</sup> Un profeta, ¿se pinta de negro cejas y pestañas? Un pro-

feta, ¿es amigo de afeites? Un profeta, ¿juega a tableros y dados? Un profeta, ¿presta dinero a interés? Que confiesen si está permitido esto o no, que yo demostraré que entre ellos se ha dado»<sup>304</sup>.

12 Este mismo Apolonio refiere en la misma obra que, cuando él escribía su libro, habían transcurrido ya cuarenta años desde que Montano emprendiera su fingida profecía<sup>305</sup>.

13 Y dice además, que estando Maximila en Pepuza fingiendo que profetizaba, Zotico—del que también hizo mención el anterior escritor<sup>306</sup>—se le enfrentó intentando refutar al espíritu que obraba en ella, pero que se lo impidieron los que pensaban lo mismo que aquella mujer. Menciona también a cierto Traseas, uno de los mártires de entonces<sup>307</sup>.

14 Dice además, como proveniente de una tradición, que el Salvador ordenó a sus apóstoles no alejarse de Jerusalén en doce años<sup>308</sup>; utiliza también testimonios tomados del *Apocalipsis* de Juan y refiere que el mismo Juan resucitó en Efeso con poder divino a un muerto; y aún dice otras cosas mediante las cuales enmendó acertada y cumplidísimamente el error de la antedicha herejía.

Esto dice Apolonio.

## [DE SERAPIÓN SOBRE LA HEREJÍA DE LOS FRIGIOS]

1 Las obras de Apolinar <sup>309</sup> contra la referida herejía las menciona Serapión <sup>310</sup>, que, según quiere una tradición, fue obispo de la iglesia de Antioquía en los tiempos a que nos referimos, después de Maximino <sup>311</sup>. Hace mención de él en una carta particular dirigida a Carico y Poncio <sup>312</sup>, en la cual, refutando también él la misma herejía, añade lo que sigue:

2 «Mas, para que también sepáis que el influjo de esta engañosa tropa—la llamada nueva profecía—es abominada por todos los hermanos del mundo <sup>313</sup>, os he enviado también unos escritos de Claudio Apolinar, obispo beatísimo que fue de Hierápolis de Asia».

3 En esta misma carta de Serapión se conservan también las firmas de diferentes obispos, uno de los cuales firma así: «Aurelio Cirinio, mártir <sup>314</sup>: ruego que estéis bien»; y otro de esta manera:

«Elio Publio Julio, obispo de Develto, colonia de Tracia: vive el Dios de los cielos, que el bienaventurado Sotas de Anquialo quiso expulsar al demonio de Priscila, y los hipócritas no le dejaron» <sup>315</sup>.

4 También se conservan en la carta aludida las firmas autógrafas de muchos otros obispos que están de acuerdo con éstos <sup>316</sup>. Tal es lo que hay sobre ellos.

## 20

[LO QUE IRENEO DISCUTE POR ESCRITO CON LOS CISMÁTICOS DE ROMA]

1 Contrariamente a los que en Roma falsificaban el sano estatuto de la Iglesia, Ireneo compuso varias cartas: una que tituló *A Blasto, sobre el cisma* <sup>317</sup>; otra, *A Florino, sobre la monarquía o que Dios no es autor de los males*, ya que, al parecer, Florino defendía esta opinión <sup>318</sup>, y como además estuviera seducido por el error de Valentín, Ireneo compuso otro trabajo, *Sobre la Ogdoadá*, en el cual da a entender que él mismo ha recibido la primera sucesión de los apóstoles <sup>319</sup>.

2 Hacia el final de la obra encontramos una gratísima indicación suya que por necesidad hemos de registrar en el presente escrito, y que dice de esta manera:

«Te conjuro a ti, que vas a copiar este libro, por nuestro Señor Jesucristo y por su venida gloriosa, cuando venga a juzgar a vivos y muertos <sup>320</sup>, a que compares lo que transcribas y lo corrijas cui-

dadosamente conforme a este ejemplar del que lo copiaste. Y copiarás igualmente este conjuro y lo pondrás en la copia» <sup>321</sup>.

3 Advertencia útil para el que la hizo y para nosotros, que la referimos, para que tengamos a aquellos antiguos y realmente sagrados varones como el mejor ejemplo de solicitud diligentísima.

4 En la *Carta a Florino* de que hablamos arriba <sup>322</sup>, de nuevo menciona Ireneo su convivencia familiar con Policarpo, diciendo:

«Estas opiniones, Florino, hablando con moderación, no son propias de un pensamiento sano. Estas opiniones disuenan de las de la Iglesia y arrojan en la mayor impiedad a cuantos las obedecen; estas opiniones ni siquiera los herejes que están fuera de la Iglesia se atrevieron alguna vez a proclamarlas; estas opiniones no te las han transmitido los presbíteros que nos han precedido, los que juntos frecuentaron la compañía de los apóstoles.

5 »Porque, siendo yo niño todavía <sup>323</sup>, te vi en casa de Policarpo en el Asia inferior <sup>324</sup>, cuando tenías una brillante actuación en el palacio imperial <sup>325</sup> y te esforzabas por acreditarte ante él. Y es que yo me acuerdo más de los hechos de entonces que de los recientes

6 »(lo que se aprende de niños va creciendo con el alma y se va haciendo uno con ella), tanto que puedo incluso decir el sitio en que el bienaventurado Policarpo dialogaba sentado, así como sus

salidas y sus entradas, la índole de su vida y el aspecto de su cuerpo, los discursos que hacía al pueblo, cómo describía sus relaciones con Juan <sup>326</sup> y con los demás que habían visto al Señor y cómo recordaba las palabras de unos y otros; y qué era lo que había escuchado de ellos acerca del Señor, de sus milagros y su enseñanza; y cómo Policarpo, después de haberlo recibido de estos testigos oculares de la vida del Verbo <sup>327</sup>, todo lo relataba en consonancia con las Escrituras.

7 »Y estas cosas, por la misericordia que Dios tuvo para conmigo, también yo las escuchaba entonces diligentemente y las anotaba, pero no en el papel, sino en mi corazón, y, por la gracia de Dios, siempre las estoy rumiando fielmente y puedo atestiguar delante de Dios que, si aquel bienaventurado y apostólico presbítero hubiera escuchado algo semejante <sup>328</sup>, habría lanzado un grito, se habría taponado los oídos y, diciendo, como era su costumbre: '¡Dios bondadoso! ¡Hasta qué tiempos me has conservado, para tener que soportar estas cosas!', habría huido incluso del sitio en que estaba <sup>329</sup> sentado o de pie cuando escuchó tales palabras.

8 »Esto puede también comprobarse claramente por las cartas <sup>330</sup> que escribió, bien a las iglesias vecinas, confortándolas, bien a algunos hermanos amonestándolos y exhortándolos».

Esto dice Ireneo.

## [DE CÓMO APOLONIO MURIÓ MÁRTIR EN ROMA]

1 Por el mismo tiempo del reinado de Cómodo, nuestra situación dio un cambio hacia una mayor suavidad. La paz, con ayuda de la gracia divina, abarcaba a todas las iglesias de toda la tierra habitada<sup>331</sup>. Fue también cuando la doctrina salvadora iba poco a poco ganando a toda alma de toda clase de hombres para el culto piadoso del Dios de todas las cosas, tanto que ya incluso muchos de los que en Roma sobresalían por su riqueza y linaje marchaban al encuentro de su salvación con toda su casa y toda su familia<sup>332</sup>:

2 Pero esto no podía soportarlo el demonio, aborrecedor del bien y envidioso como es por naturaleza, y en consecuencia se preparaba de nuevo para el combate mientras iba maquinando variadas asechanzas contra nosotros. En la ciudad de Roma condujo ante los tribunales a Apolonio<sup>333</sup>, varón famoso entre los fieles de entonces por su educación y filosofía, y para acusarlo suscitó a un ministro suyo cualquiera, gente apropiada para estas faenas.

3 Mas en mala hora introdujo la causa el desgraciado, porque, según un decreto imperial<sup>334</sup>, no se permitía que vivieran los acu-

sadores de tales hombres, y al instante le fueron quebradas las piernas, pues tal sentencia formuló contra él el juez Perennio <sup>335</sup>.

4 El mártir, por su parte, amadísimo de Dios, a pesar de que el juez le rogó con mucha insistencia y le pidió que diese razón ante el senado, presentó delante de todos una elocuentísima apología de la fe por la que daba testimonio, y murió decapitado, como si mediara un decreto del senado, ya que una antigua ley <sup>336</sup> ordenaba entre ellos que no se dejase marchar a los que comparecieran una vez ante el tribunal y no mudaran en absoluto de propósito.

5 Así, pues, quien desee leer las palabras de Apolonio ante el juez y las respuestas que dio al interrogatorio de Perennio, así como su apología dirigida al senado, toda entera, podrá verlo en la relación escrita de los antiguos martirios que nosotros hemos compilado <sup>337</sup>.

## [QUÉ OBISPOS ERAN CÉLEBRES EN AQUELLOS TIEMPOS]

El año décimo del reinado de Cómodo, Víctor sucede a Eleuterio <sup>338</sup>, que había ejercido el episcopado durante trece años. Y por el mismo tiempo, habiendo cumplido Juliano su décimo año, se hace cargo del ministerio de las comunidades de Alejandría Demetrio <sup>339</sup>. Y también por estas fechas era todavía conocido como obispo de la iglesia de Antioquía, octavo a partir de los apóstoles, Serapión <sup>340</sup>, del que ya hicimos anteriormente mención <sup>341</sup>. A Cesarea de Palestina la gobernaba Teófilo <sup>342</sup>. Y asimismo Narciso, al que ya esta obra mencionó más arriba <sup>343</sup>, todavía por entonces ejercía el ministerio de la iglesia de Jerusalén. En cambio, de Corinto, en Grecia, en estas mismas fechas, era obispo Baquilo <sup>344</sup>; y de la comunidad de Efeso, Polícrates <sup>345</sup>. Y además de éstos—al menos así se supone—, en esta época brillaron también muchísimos otros. Sin embargo, como es natural, hemos enumerado en lista por sus nombres solamente aquellos cuya ortodoxia en la fe ha llegado por escrito hasta nosotros.

[DE LA CUESTIÓN MOVIDA POR ENTONCES EN TORNO A LA PASCUA]

1 Por este tiempo <sup>346</sup> suscitóse una cuestión bastante grave, por cierto, porque las iglesias de toda Asia, apoyándose en una tradición muy antigua, pensaban que era preciso guardar el decimo-cuarto día de la luna para la fiesta de la Pascua del Salvador <sup>347</sup>, día en que se mandaba a los judíos sacrificar el cordero y en que era necesario a toda costa, cayera en el día en que cayese de la semana, poner fin a los ayunos, siendo así que las iglesias de todo el resto del orbe no tenían por costumbre realizarlo de este modo, sino que, por una tradición apostólica, guardaban la costumbre que ha prevalecido incluso hasta hoy: que no está bien terminar los ayunos en otro día que en el de la resurrección de nuestro Salvador.

2 Para tratar este punto hubo sínodos y reuniones de obispos, y todos unánimes, por medio de cartas, formularon para los fieles de todas partes un decreto eclesiástico: que nunca se celebre el misterio de la resurrección del Señor de entre los muertos otro día que en domingo, y que solamente en ese día guardemos la terminación de los ayunos pascuales.

3 Todavía se conserva hasta hoy un escrito de los que se reunie-

ron por aquellas fechas en Palestina; los presidieron Teófilo, obispo de la iglesia de Cesarea, y Narciso <sup>348</sup>, de la de Jerusalén. También sobre el mismo punto se conserva asimismo otro escrito de los reunidos en Roma, que muestra a Víctor como obispo; y también otro de los obispos del Ponto a los que presidía Palmas, que era el más antiguo <sup>349</sup>, y otro de las iglesias de la Galia, de las que era obispo Ireneo <sup>350</sup>.

4 Así como también de las de Osroene <sup>351</sup> y demás ciudades de la región, y en particular de Baquilo <sup>352</sup>, obispo de la iglesia de Corinto, y de muchos otros, todos los cuales, emitiendo un único e idéntico parecer y juicio, establecen la misma decisión.

Estos, pues, tenían como regla única de conducta la ya expuesta.

## 24

### [SOBRE LA DISENSIÓN DE ASIA]

1 Los obispos de Asia, en cambio, con Polícrates en cabeza, seguían persistiendo con fuerza en que era necesario guardar la costumbre primitiva que se les había transmitido desde antiguo. Polícrates mismo, en una carta que dirige a Víctor y a la iglesia de Roma <sup>353</sup>, expone la tradición llegada hasta él con estas palabras:

2 «Nosotros, pues, celebramos intacto este día, sin añadir ni quitar nada. Porque también en Asia reposan grandes luminarias, que resucitarán el día de la venida del Señor, cuando venga de los

cielos con gloria y en buca de todos los santos: Felipe, uno de los doce apóstoles, que reposa en Hierápolis con dos hijas suyas, que llegaron vírgenes a la vejez, y otra hija que, después de vivir en el Espíritu Santo, descansa en Efeso <sup>354</sup>.

3 »Y además está Juan, el que se recostó sobre el pecho del Señor <sup>355</sup> y que fue sacerdote portador del *pétalon*, mártir y maestro; éste reposa en Efeso <sup>356</sup>.

4 »Y en Esmirna, Policarpo, obispo y mártir <sup>357</sup>. Y Traseas, obispo asimismo y mártir, que procede de Eumenia y reposa en Esmirna <sup>358</sup>.

5 »¿Y qué falta hace hablar de Sagaris, obispo y mártir, que descansa en Laodicea <sup>359</sup>, así como del bienaventurado Papirio <sup>360</sup> y de Melitón, el eunuco <sup>361</sup>, que en todo vivió en el Espíritu Santo <sup>362</sup> y reposa en Sardes esperando la visita que viene de los cielos el día en que resucitará de entre los muertos?

6 »Todos éstos celebraron como día de Pascua el de la luna decimocuarta, conforme al Evangelio, y no transgredían, sino que seguían la regla de la fe <sup>363</sup>.

»Y yo mismo, Polícrates, el menor de todos vosotros, (obro) <sup>364</sup> conforme a la tradición de mis parientes, a algunos de los cuales he seguido de cerca. Siete parientes míos fueron obispos, y yo soy el octavo <sup>365</sup>, y siempre mis parientes celebraron el día cuando el pueblo desterraba el fermento.

7 »Por lo tanto, hermanos, yo, con mis sesenta y cinco años <sup>366</sup> en el Señor, que he conversado con hermanos procedentes de todo el mundo y que he recorrido toda la Sagrada Escritura, no me asusto de los que tratan de impresionarme <sup>367</sup>, pues los que son mayores que yo han dicho: *Hay que obedecer a Dios más que a los hombres*» <sup>368</sup>.

8 Luego añade esto que dice sobre los obispos que estaban con él cuando escribía y eran de su misma opinión:

«Podría mencionar a los obispos que están conmigo, que vosotros me pedisteis que invitara y que yo invité. Si escribiera sus nombres, sería demasiado grande su número. Ellos, aun conociendo mi pequeñez, dieron su común asentimiento a mi carta, sabedores de que no en vano llevo mis canas, sino que siempre he vivido en Cristo Jesús».

9 Ante esto, Víctor, que presidía la iglesia de Roma, intentó separar en masa de la unión común a todas las comunidades de Asia y a las iglesias limítrofes, alegando que eran heterodoxas, y publicó

la condena mediante cartas proclamando que todos los hermanos de aquella región, sin excepción, quedaban excomulgados <sup>369</sup>.

**10** Pero esta medida no agradó a todos los obispos, quienes, por su parte, le exhortaban a tener en cuenta la paz y la unión y la caridad para con el prójimo <sup>370</sup>. Se conservan incluso las palabras de éstos, que reconviene a Víctor con bastante energía.

**11** Entre ellos está Ireneo, en la carta <sup>371</sup> escrita en nombre de los hermanos de la Galia, cuyo jefe era. Ireneo está por que es necesario celebrar únicamente en domingo el misterio de la resurrección del Señor; sin embargo, con muy buen sentido, exhorta a Víctor a no amputar iglesias de Dios enteras que habían observado la tradición de una antigua costumbre, y a muchas otras cosas <sup>372</sup>. Y añade textualmente <sup>373</sup> lo que sigue:

**12** «Efectivamente, la controversia no es solamente acerca del día <sup>374</sup>, sino también acerca de la forma <sup>375</sup> misma del ayuno, porque unos piensan que deben ayunar durante un día, otros que dos y otros que más; y otros dan a su día una medida de cuarenta horas del día y de la noche.

**13** »Y una tal diversidad de observantes <sup>376</sup> no se ha producido ahora, en nuestros tiempos, sino ya mucho antes, bajo nuestros pre-

decesores, cuyo fuerte, según parece, no era la exactitud, y que forjaron para la posteridad la costumbre <sup>377</sup> en su sencillez y particularismo. Y todos ellos no por eso vivieron menos en paz unos con otros, lo mismo que nosotros; el desacuerdo en el ayuno confirma el acuerdo en la fe <sup>378</sup>.

**14** A esto añade también un relato que será conveniente citar y que dice así:

«Entre ellos, también los presbíteros <sup>379</sup> antecesores de Sotero, que presidieron la iglesia que tú riges ahora, quiero decir Aniceto, Pío e Higinio, así como Telesforo y Sixto: ni ellos mismos observaron el día <sup>380</sup> ni a los que estaban con ellos les permitían elegir, y no por eso ellos mismos, que no observaban el día, vivían menos en paz con los que venían procedentes de las iglesias en que se observaba el día, y, sin embargo, el observar el día resultaba más en oposición para los que no lo observaban.

**15** »Y nunca se rechazó a nadie por causa de esta forma, antes bien, los mismos presbíteros, tus antecesores, que no observaban el

día, enviaban la eucaristía a los de otras iglesias <sup>381</sup> que sí lo observaban.

16 »Y hallándose en Roma el bienaventurado Policarpo en tiempos de Aniceto <sup>382</sup>, surgieron entre los dos pequeñas divergencias, pero en seguida estuvieron en paz, sin que acerca de este capítulo se querellaran mutuamente, porque ni Aniceto podía convenir a Policarpo de no observar el día—como que siempre lo había observado, con Juan, discípulo de nuestro Señor, y con los demás apóstoles con quienes convivió—, ni tampoco Policarpo convenció a Aniceto de observarlo, pues éste decía que debía mantener la costumbre de los presbíteros antecesores suyos.

17 »Y a pesar de estar así las cosas, mutuamente comunicaban entre sí, y en la iglesia Aniceto cedió a Policarpo la celebración de la eucaristía, evidentemente por deferencia, y en paz se separaron el uno del otro; y paz tenía la Iglesia toda, así los que observaban el día como los que no lo observaban».

18 E Ireneo, haciendo honor a su nombre <sup>383</sup>, pacificador por el nombre y por su mismo carácter, hacía estas y parecidas exhortaciones y servía de embajador en favor de la paz de las iglesias, pues trataba por correspondencia epistolar al mismo tiempo, no solamente con Víctor, sino también con muchos otros jefes de diferentes iglesias, acerca del problema debatido.

[DE CÓMO HUBO ACUERDO UNÁNIME ENTRE TODOS ACERCA DE LA  
PASCUA]

Los obispos de Palestina antes mencionados, Narciso y Teófilo <sup>385</sup>, y con ellos Casio, obispo de la iglesia de Tiro, y Claro de la de Tolemaida <sup>386</sup>, así como los que se habían reunido con éstos, dieron por menudo abundantes explicaciones acerca de la tradición sobre la Pascua, llegada hasta ellos por sucesión de los apóstoles, y al final de la carta añaden textualmente:

«Procurad que se envíe copia de nuestra carta a cada iglesia, para que no seamos responsables de los que, con gran facilidad, descarrián sus propias almas. Os manifestamos que en Alejandría celebran precisamente el mismo día que nosotros, pues entre ellos y nosotros se viene intercambiando correspondencia epistolar, de modo que nos es posible celebrar el día santo en consonancia y simultáneamente».

[CUÁNTO HA LLEGADO A NOSOTROS DE IRENEO]

Pero es que, además de los escritos y cartas de Ireneo ya dichos <sup>387</sup>, se conservan de él un tratado contra los griegos, cortísimo y en gran manera perentorio, titulado *Sobre la ciencia*, y otro que

dedicó a su hermano, llamado Marciano, *En demostración de la predicación apostólica*, así como un libro de *Disertaciones variadas*, en el cual hace mención de la *Carta a los Hebreos* y de la llamada *Sabiduría de Salomón*, al citar de ellos algunas sentencias. Y esto es lo que ha llegado a nuestro conocimiento de los escritos de Ireneo <sup>388</sup>.

Y habiendo terminado Cómodo su imperio al cabo de trece años y tras mantenerse Pertínax, después de Cómodo, unos seis meses no completos, prevalece como emperador Severo <sup>389</sup>.

## 27

[CUÁNTO HA LLEGADO TAMBIÉN A NOSOTROS DE LOS RESTANTES  
QUE FLORECIERON CON IRENEO EN AQUELLA ÉPOCA]

Muchos, pues, conservan todavía hasta hoy en gran número documentos del celo virtuoso de los antiguos eclesiásticos de aquel entonces. Algunos por lo menos los hemos leído nosotros mismos, como son los escritos de Heráclito *Sobre el Apóstol* <sup>390</sup>, y los de Máximo *Sobre el problema del origen del mal* <sup>391</sup>, y *De cómo la materia es creada*, problema famosísimo entre los herejes; y también

los de Cándido *Sobre el Hexámeron* y los de Apión, sobre el mismo tema, así como los de Sexto *Sobre la resurrección*; otro tratado de Arabiano y luego muchísimos otros, de los cuales, por no tener un punto de referencia, no es posible transmitir por escrito la fecha ni insinuar algún recuerdo de su historia. Pero han llegado también hasta nosotros tratados de muchísimos otros, de quienes no nos es posible catalogar los nombres, autores ortodoxos y eclesiásticos, como ciertamente lo demuestran las sendas interpretaciones de la Escritura divina. Sin embargo, nos son desconocidos porque no se da el nombre de sus autores.

## 28

[DE LOS QUE ACOGIERON LA HEREJÍA DE ARTEMÓN DESDE EL PRINCIPIO, CUÁL FUE SU COMPORTAMIENTO Y DE QUÉ MODO OSARON CORROMPER LAS ESCRITURAS]

1 En una obra de alguno de éstos <sup>392</sup>, fruto del trabajo contra la herejía de Artemón—la que en nuestros tiempos ha intentado renovar otra vez Pablo de Samosata <sup>393</sup>—se conserva un relato que viene al caso de la historia que estamos examinando.

2 Dejando sentado que la mencionada herejía afirma no ser el Salvador más que un puro hombre, y que era de reciente innova-

ción, aunque sus introductores querían hacerla valer como si fuera antigua, el tratado, después de citar muchos otros argumentos para refutar la mentira blasfema de éstos, refiere textualmente lo que sigue:

3 «Dicen, efectivamente, que todos los primeros, incluidos los mismos apóstoles, recibieron y enseñaron esto que ahora están diciendo ellos, y que se ha conservado la verdad de la predicación hasta los tiempos de Víctor, que era el decimotercer obispo de Roma desde San Pedro, pero que, a partir de su sucesor, Zeferino, se falsificó la verdad <sup>394</sup>.

4 »Lo dicho podría resultar convincente si en primer lugar las divinas Escrituras no les contradijesen. Y luego hay obras de algunos hermanos anteriores a los tiempos de Víctor, obras que ellos escribieron contra los paganos y contra las herejías de entonces en defensa de la verdad. Me estoy refiriendo a las de Justino, Milcíades, Taciano, Clemente y muchos otros, obras todas en que atribuyen la divinidad a Cristo <sup>395</sup>.

5 »Porque ¿quién desconoce los libros de Ireneo, de Melitón y de los restantes, libros que proclaman a Cristo Dios y hombre? ¿Y los muchos salmos y cánticos escritos desde el principio por hermanos creyentes que cantan himnos al Verbo de Dios, al Cristo, atribuyéndole la divinidad?

6 »¿Cómo, pues, estando declarado el pensamiento de la Igle-

sia desde hace tantos años se puede admitir que lo hayan proclamado los anteriores a Víctor en el sentido que éstos dicen? ¿Y cómo no se avergüenzan de acusar a Víctor falsamente de tales cosas, siendo así que con toda exactitud saben que Víctor excluyó de la comunión a Teodoto el Guarnicionero <sup>396</sup>, cabecilla y padre de esta apostasía negadora de Dios, y primero en decir que Cristo fue un simple hombre? Porque si Víctor hubiese pensado de la misma manera que enseña la blasfemia de éstos, ¿cómo hubiera podido expulsar a Teodoto, inventor de esta herejía?»

7 Tales son los sucesos de los tiempos de Víctor. Habiendo estado éste al frente del ministerio diez años, es instituido sucesor suyo Zeferino, hacia el año noveno del imperio de Severo <sup>397</sup>. El mismo que compuso el susodicho libro sobre el iniciador de la mencionada herejía añade también otro asunto ocurrido en tiempo de Zeferino y escribe en los términos siguientes:

8 «Voy, pues, a recordar, al menos a muchos de nuestros hermanos, el hecho ocurrido en nuestro tiempo <sup>398</sup>, que, de haber tenido lugar en Sodoma, creo que seguramente hubiera sido un aviso para aquella gente <sup>399</sup>. Era Natalio un confesor, no de tiempos antiguos, sino de nuestro propio tiempo <sup>400</sup>.

9 »Un día éste fue engañado por Asclepiodoto y por otro tal Teodoto, cambista <sup>401</sup>. Estos dos eran discípulos de Teodoto el

Guarnicionero, primero que por este pensamiento, o mejor, por esta locura, fue separado de la comunión por Víctor, obispo entonces, como ya dije <sup>402</sup>.

10 »Persuadieron los dos a Natalio para que por un salario se llamase obispo de esta herejía, de manera que podía recibir de ellos ciento cincuenta denarios <sup>403</sup>.

11 »Estando, pues, con ellos ya, el Señor le iba avisando muchas veces mediante sueños, ya que nuestro Dios misericordioso y Señor Jesucristo no quería que un testigo de sus propios padecimientos saliera de la Iglesia y pereciera.

12 »Mas, como quiera que no prestaba gran atención a las visiones, atrapado por aquel primer puesto entre ellos y por la torpe ganancia que a tantos pierde, finalmente fue azotado por ángeles santos durante toda la noche, de lo que quedó bien maltrecho <sup>404</sup>, tanto que se levantó con la aurora, se vistió de saco, se espolvoreó de ceniza y con mucha diligencia y lágrimas corrió hacia el obispo Zeferino, y se arrojaba a los pies, no sólo del clero, sino también de los laicos. Con sus lágrimas conmovió a la Iglesia compasiva de Cristo misericordioso y, después de pedirlo él con reiteradas súplicas y de haber mostrado las contusiones que los golpes le hicieran, a duras penas se le admitió a la comunión».

13 A esto juntaremos también otras expresiones del mismo escritor sobre los mismos asuntos, que suenan así:

«Han adulterado sin escrúpulo las divinas Escrituras y han vio-

lado la regla de la fe primitiva; y han desconocido a Cristo por no investigar qué dicen las divinas Escrituras, en vez de andar trabajosamente ejercitándose en encontrar una figura de silogismo <sup>405</sup> para apuntalar su ateísmo. Porque, si alguien les presenta una sentencia de la Escritura divina, empiezan a discurrir qué figura de silogismo se puede hacer, si conexo o disyuntivo.

**14** »Dejaron las Santas Escrituras de Dios y se ocupan de geometría, como quien es de la tierra; hablan por influjo de la tierra y desconocen al que ha venido de arriba <sup>406</sup>. Por lo menos entre algunos de ellos se estudia afanosamente la geometría de Euclides y se admira a Aristóteles y a Teofrasto, porque Galeno <sup>407</sup> quizás hasta es adorado por algunos.

**15** »Mas los que se aprovecharon de las artes de los infieles para el designio de su propia herejía y con la maña de los impíos falsificaron la fe sencilla de las divinas Escrituras, ¿qué necesidad hay de decir que no están ya cerca de la fe? Por esta causa pusieron sus manos sin escrúpulo sobre las divinas Escrituras, diciendo que las habían corregido <sup>408</sup>.

**16** »Y que digo esto sin calumniarlos puede saberlo el que quiera, ya que, si alguien quisiere reunir las copias de cada uno de

ellos y compararlas entre sí, encontrará que disienten mucho. Por lo menos las de Asclepiades <sup>409</sup> disientirán de las de Teodoto.

17 »Y se pueden adquirir muchas copias, porque los discípulos se han transcrito con gran celo las que fueron, como dicen ellos, corregidas, esto es, corrompidas por cada uno de aquéllos. Tampoco las de Hermófilo concuerdan con éstas; en cuanto a las de Apoloniades <sup>410</sup>, ni siquiera concuerdan entre sí mismas, pues es posible discernir las que prepararon ellos primero y las que luego fueron alteradas, y se ve que discrepan en mucho.

18 »De qué atrevimiento sea este pecado, no es probable que lo ignoren ellos, porque, o bien no creen que las divinas Escrituras fueron dictadas por el Espíritu Santo, y en ese caso son incrédulos, o bien estiman que ellos son más sabios que el Espíritu Santo: ¿y qué otra cosa es esto sino estar poseídos del demonio? Porque no pueden negar que el atrevimiento es suyo propio, ya que las copias están escritas por su mano y no recibieron las Escrituras en ese estado de aquellos que los habían instruido, ni podrían mostrar un ejemplar de donde hayan copiado las suyas.

19 »Algunos de ellos ni siquiera tuvieron a bien falsificarlas, sino que, tras negar simplemente la Ley y los Profetas, con el pretexto de una enseñanza inicua e impía, cayeron de la gracia en la extrema ruina de la perdición» <sup>411</sup>. Y basta ya de esta clase de relatos.